

PUNTO FINAL

José Carlos Canalda



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
UN MUNDO DEFECTUOSO	3
EL FRACASADO	4
OPERACIÓN ARMAGEDÓN	9
PUNTO ¿FINAL?	12
DE LOS NOMBRES DE DIOS	14
FIN	28
APOCALIPSIS	29
EL DÍA DEL FIN DEL MUNDO	30
RÉQUIEM	31
EL DÍA FINAL	32
EXPERIMENTO FALLIDO	35
LA VERDADERA CAUSA DE LA EXTINCIÓN DE LOS DINOSAURIOS	42
EL DINOSAURIO	43
LETRA PEQUEÑA	44
INDIFERENCIA	45
EL MANDO A DISTANCIA	46
RESERVA DE CAZA	47
LAS EXTINCCIONES MASIVAS	48
PERCANCE INFORMÁTICO	50
INCREDULIDAD	56
LA VERDADERA HISTORIA DEL FIN DEL MUNDO	57
PODEROSO CABALLERO...	60

PRESENTACIÓN

El Fin del Mundo siempre ha sido una obsesión de muchas religiones, en especial la cristiana. Ya desde el libro del Apocalipsis ha sido ingente la cantidad de literatura dedicada a este tema, a la que hay que sumar representaciones artísticas de todo tipo: pinturas, esculturas y, mucho más recientemente, películas.

Como cabe suponer yo no me podía mantener ajeno este filón argumental, razón por la que he escrito un puñado de relatos alusivos no sólo al Fin del Mundo tradicional tal como lo describen los autores religiosos, sino también otros tipos de extinciones no menos catastróficas -al menos para ellos- tales como las de los dinosaurios. Y siempre, por supuesto, bajo mi toque personal en ocasiones total y absolutamente heterodoxo, incluyendo alguna que otra pequeña gamberrada.

José Carlos Canalda

UN MUNDO DEFECTUOSO

El día siguiente al del Fin del Mundo Dios se apresuró a visitar la oficina de reclamaciones celestiales porque le habían vendido un mundo de tan mala calidad que se había estropeado sin que apenas hubiera podido disfrutar de él.

Como cabía esperar, su reclamación fue atendida entregándosele completamente gratis un mundo nuevo a cambio de lo poco que había quedado del antiguo; no podía ser de otra manera, puesto que la garantía del mismo no había caducado aún.

De todas formas, Dios decidió no volver a comprar en lo sucesivo ningún otro mundo a aquel proveedor; estaba convencido de que todo lo que allí se vendía era de muy mala calidad.

EL FRACASADO

-No lo comprendo -repitió mi amigo por enésima vez

-Convéncete -insistí de nuevo en un fútil intento por arrancarlo de su estado de estupor-. Por mucho que te niegues a aceptarlo, lo cierto es que tu experimento estaba condenado al fracaso ya desde el principio.

-Si tan seguros estabais de mi error, ¿por qué no me lo dijisteis a tiempo? -me espetó con rabia mal contenida-. ¿Acaso pretendíais gozar con mi ridículo?

La situación comenzaba a ponerse difícil. Conozco a mi amigo desde hace mucho tiempo, y sé bien lo terco que puede llegar a ser en algunas (por fortuna no demasiadas) ocasiones. Sin embargo, es sin lugar a dudas un buen chico, y yo le aprecio lo suficiente como para poderme permitir el lujo de soportarle sus arrebatos infantiles.

-Escúchame, y no te pongas cazarro -le reconvine con tono paternal-. Todos nosotros temíamos tu fracaso, y te puedo asegurar que lo lamentamos sinceramente. Pero, sé franco contigo mismo: ¿hubieras aceptado entonces alguna crítica, por leve que fuera ésta?

Lo peor estaba ya dicho. La erupción sería ahora suave y mansa o, por el contrario, retumbaría amenazadora; con él, uno nunca podía estar seguro del todo. Por suerte, su reacción fue tranquila y casi plácida. Al parecer, el resultado fallido de su experimento le había afectado de tal modo que había acabado con toda su agresividad latente, que no era precisamente poca.

-Perdóname -musitó al fin con un susurro-. Eres uno de mis mejores amigos, y nunca dejarás de serlo a no ser que yo te fuerce a ello... -titubeó- algo que no deseo en absoluto.

-No te preocupes -repliqué, satisfecho de haber podido recuperar las riendas-. Todos tenemos momentos malos -añadí en tono solemne-, y tú acabas de pasar por uno de ellos.

-¡Qué verdad dices! -exclamó quejumbroso-. Era algo en lo que tenía puestas todas mis esperanzas, era la labor de toda mi vida... y ahora es sólo polvo, y nada más que polvo -sollozó.

Si hay algo que me resulta especialmente embarazoso, ese algo es tener que enfrentarme con alguien en mal estado anímico; lo confieso, no tengo demasiado tacto y siempre temo ahondar sin desearlo en la herida. No obstante, al menos lo intenté; no me quedaba otro remedio.

-¡Qué se le va a hacer! -le dije con el más convincente de mis tonos-. Eso es algo que ya no tiene remedio, y lo que tienes que hacer ahora es intentarlo de nuevo.

-¡Eso no! -exclamó con vehemencia; como me temía, no se puede decir que la diplomacia fuera mi fuerte-. ¿Crees acaso que sería capaz de soportar un nuevo fracaso?

En el fondo, la situación parecía salvable; o, al menos, eso me pareció en aquel momento.

-No tienes por qué volver a fracasar -le refuté con suavidad-. Basta con que analices y corrijas tu error.

-¡Mi error! -estalló de nuevo-. ¿Qué error? Recuerda que, después del fracaso, mi proyecto fue descalificado en su totalidad por el supervisor. Nunca me permitiría modificarlo; tan sólo admitirá que lo abandone para empezar de nuevo siguiendo las pautas que a él tanto le gustan y a mí tanto me repugnan.

-Cosa que, mucho me temo, no estás dispuesto a aceptar.

-Por supuesto -remachó con aplomo-. Ya sabes que no soy partidario de las sendas trilladas. Si quieres innovar, no tienes más remedio que buscar nuevos caminos y nuevas soluciones.

-Que suelen salir mal...

-No necesariamente -se defendió con ardor-. Tan sólo tuve mala suerte.

-Me temo, mi querido amigo, que tu planteamiento era algo inviable ya desde el principio -insistí con machaconería-. No era nada difícil prever que con el enorme grado de libertad que introdujiste en tu sistema, éste estaría abocado al caos y a la destrucción; tan sólo era cuestión de tiempo.

-Bien, sabihondo, corrí un riesgo calculado -mi amigo se estaba desahogando, y esto era positivo-. Mira a tu alrededor y contempla los éxitos de nuestros colegas, disfruta del tuyo propio; Vuestros sistemas son perfectos, cuadrículados, funcionan con una precisión milimétrica... Pero son aburridos y ramplones hasta la náusea, y además todos se parecen unos a otros en su oscura mediocridad. Yo quería hacer algo nuevo, algo diferente a todo lo diseñado hasta ahora, y te aseguro que prefiero mil veces el fracaso antes que un vulgar mimetismo.

-Entonces, ¿de qué te quejas?

-De algo tan sencillo como que no me hayan salido bien las cosas. Sin embargo, sigo insistiendo en que, de volverlo a intentar corrigiendo ciertos parámetros, estoy convencido

de que acabaría llegando a una solución estable y, lo que es más importante -recalcó con énfasis-, original por primera vez en mucho tiempo.

-Propónselo al supervisor -le sugerí sin demasiado entusiasmo-. Quizá puedas acabar convenciéndolo.

-¿A quién? ¿A esa bola hinchada de fatuidad? Jamás lo conseguiría. Odia todo aquello que huele a innovación o a creatividad, y sólo está dispuesto a admitir los planteamientos que él llama tradicionales pero que yo califico de reaccionarios. Ya fue bastante que me permitiera iniciar el proyecto; mi fracaso le ha dado la justificación que él necesitaba para negarse a autorizar un segundo intento bien a mí, bien a cualquier otro. En el fondo es lo que ha estado deseando desde el mismo momento en el que fue nombrado supervisor, y al fin lo ha conseguido. No -concluyó con tristeza-; nunca soltará esta presa.

-Pero es él quien tiene la sartén por el mango; te guste o no, no tienes otra posibilidad que la de aceptar sus reglas de juego si quieres que te permita volver a intentarlo.

Y viendo lo adusto de su expresión, remaché:

-Entiendo que quieras hacer las cosas a tu manera, pero yo te recomendaría que asumieras con realismo la situación y aceptaras pasar por el aro. Más adelante podrás disfrutar sin duda de una mayor libertad de movimientos, pero siendo un simple principiante como eres ahora, resultaría ingenuo pretender que se te diera un trato de favor que hasta ahora no se ha concedido a nadie.

-Pues no estoy en modo alguno dispuesto a ceder a sus pretensiones -insistió mi amigo con tozudez.

-En ese caso perderás la licencia de proyectista -le respondí con flema-, y ya sabes lo que eso significa: el fin de tu carrera como creador.

-No me importa -refunfuñó-. No hay mal que no se acabe alguna vez, y el supervisor no lo será para siempre. Entonces volveré a intentarlo de nuevo y, por supuesto, a mi manera.

Por lo que se veía, no había forma alguna de hacerle abandonar, siquiera en parte, su tremenda cerrazón; y lo peor de todo, era que yo lo conocía lo suficientemente bien como para saber de sobra que su actitud no tenía nada de fanfarronería y sí mucho -por no decir todo- de auténtico convencimiento. Sin embargo, apreciaba lo suficiente a mi amigo como para intentar disuadirlo, por muy difícil que se me presentara la empresa, de unos planteamientos que tan sólo habrían de conducirlo al más absoluto de los fracasos. Por tal motivo, decidí hacer un último -de sobra sabía que sería el último- intento.

-Escúchame, cabezota -le dije, recurriendo a mis mejores dotes de persuasión-. ¿Tú qué quieres? ¿Salirte con la tuya, o echar a perder de forma irremediable tu propia obra?

-¿A qué viene ahora eso? -me preguntó suspicaz-. Lo sabes de sobra, así que no me vengas ahora haciéndotelas de nuevas.

-Bien -respondí satisfecho; las cosas comenzaban a marchar justo en la dirección que yo quería-. ¿No te das cuenta de que un poco de estrategia puede servirte para burlar la vigilancia del supervisor?

-¿Cómo? -en esta ocasión su asombro era auténtico-. ¿Acaso no me ha prohibido de forma explícita que vuelva a utilizar variables aleatorias en mis estructuras? Esa, precisamente esa -enfaticó-, era la raíz de mi experimento, y fue a ella a la que atribuyó las razones de mi fracaso. No -refunfuñó-; no veo qué es lo que se puede hacer que me permita burlar su vigilancia.

-Es más fácil de lo que supones. Inicia un sistema convencional, uno de esos que a ti tanto te disgustan -creo que aquí no se me notó demasiado la ironía- y que te niegas en redondo a abordar; luego -continué sin pausa para impedirle objetar-, cuando el sistema haya alcanzado el equilibrio y haya también recibido el visto bueno del supervisor, introduce todas las variables aleatorias que quieras. No será lo mismo que hacerlo desde el principio tal y como tú quisieras, eso es cierto, pero podrás desarrollar tus teorías sin que el supervisor te lo pueda ya impedir. Si lo consigues hacer con la suficiente habilidad nadie, ni tan siquiera el propio supervisor, podrá percatarse de lo que estás haciendo antes de que consigas llegar al final.

-No sé... -dudó-. Quizá tengas razón. Pero no es eso lo que yo quería.

-Ya lo sé; pero es mucho mejor esto que nada -el triunfo comenzaba a ser mío, pero todavía necesitaba un último empujón-. Además, ¿qué pierdes con intentarlo?

-Lo pensaré -era su manera de decir que sí o, cuanto menos, de no decir que no-. Pero ahora déjame algún tiempo solo -rogó a modo de despedida antes de alejarse rápidamente de mí.

Bien, no todo estaba perdido, me dije con satisfacción al tiempo que observaba cómo se retiraba. Yo apreciaba a mi amigo y me dolía mucho su fracaso, pero en el fondo pensaba igual que el supervisor y que el resto de nuestros compañeros. Al fin y al cabo crear un mundo era algo muy delicado, y conseguir que la inteligencia floreciera en él sin tensiones y sin que acabara autodestruyéndose lo era todavía más; no era, pues, casualidad que las normas impuestas por los supervisores fueran tan estrictas, sino que respondían al resultado de una larguísima optimización alcanzada tras un sinnúmero de fracasos.

Yo admiraba su audacia, pero también me resultaba patente que introducir factores aleatorios en los sistemas no podría conducir más que al fracaso y a la autoinmolación de unas humanidades cuyas sociedades estaban estructuradas en base a unos esquemas intrínsecamente inestables.

Él llamaba libre albedrío a lo que en realidad no era sino caos y anarquía y, como cabía esperar, sus criaturas acabaron destruyéndose a sí mismas y arruinando de forma irreversible su propio planeta, conocido por ellos con el curioso nombre de La Tierra.

Mucho tendrá que cambiar mi amigo si es que desea acabar siendo un Dios aceptable.

OPERACIÓN ARMAGEDÓN

De: Miguel Arcángel.

A : Todos los jefes de sección de la operación Armagedón.

CIRCULAR INTERNA

INSTRUCCIONES GENERALES A OBSERVAR POR PARTE DE LOS JEFES DE SECCIÓN DURANTE EL DESARROLLO DE LA OPERACIÓN ALFA-OMEGA (ARMAGEDÓN).

Estimado hermano:

Estando ya próximo el inicio de la operación Armagedón, en la cual cuentas tú con la importante responsabilidad de organizar a parte de los recién resucitados, pongo en tu conocimiento las instrucciones generales que será preciso aplicar en todos aquellos casos conflictivos que puedan surgir en el transcurso de la resurrección de los cuerpos, una de las etapas más delicadas de toda la operación. Sin perjuicio de que puedas recurrir con plena autonomía a tus propios criterios siempre que se produzca un problema que sea preciso resolver con rapidez, las líneas generales por las que te habrás de regir, siempre que ello sea posible, serán las siguientes:

- 1.- Resurrección de incinerados y de aquéllos cuyos restos hayan desaparecido por completo. Se reconstruirán los huesos utilizando los moldes adecuados y materia prima homologada según la norma DIN-27/A. Posteriormente se seguirá el proceso general de encarnación expuesto en el manual CL-327/2.
- 2.- Resurrección de desaparecidos en el mar y devorados por animales feroces. Se aplicará el proceso general de recuperación de restos óseos y posterior encarnación de los esqueletos. Si alguna de las piezas no pudiera ser hallada, se sustituirá por una prótesis artificial homologada (norma DIN- 27/A) del tamaño y la forma requeridos por el usuario.
- 3.- Resurrección de mutilados. Se intentará localizar las partes desaparecidas sustituyéndolas si es preciso por prótesis homologadas. En el caso de que la mutilación hubiera tenido lugar antes del desarrollo adulto y los huesos del miembro amputado no correspondieran a la talla del cuerpo, se procederá asimismo a sustituirlos por prótesis homologadas del tamaño adecuado. En el caso de personas decapitadas en las que haya desaparecido la cabeza, se procederá a obtener una copia autenticada a partir del original conservado en los archivos centrales. En ningún caso se han de utilizar prótesis generales para las cabezas, sino únicamente duplicados autenticados.

- 4.- Resurrección de santos y beatos. Se procederá a reunir todas las reliquias originales que se puedan recuperar, sustituyendo lo que falte por prótesis homologadas a excepción de los cráneos, para los que se seguirán las directrices del párrafo anterior. Se recomienda verificar previamente la autenticidad de las reliquias rechazando todas aquéllas que carezcan de certificado celestial de autenticidad.
- 5.- Resurrección de niños. Puesto que las normas generales de resurrección especifican que todos los resucitados lo harán con su cuerpo adulto, en este caso se procederá a la sustitución de los huesos originales por las prótesis equivalentes al que hubiera sido el cuerpo adulto conforme al expediente original conservado en los archivos centrales.
- 6.- Resurrección de las víctimas de los antropófagos. Dado el grave problema creado al existir materia viva perteneciente a más de un individuo, se obrará de la siguiente manera según todos los posibles casos:
 - 6.1.- Si ni el antropófago ni el devorado fueren cristianos, se procederá al reparto equitativo de la materia encarnada sustituyendo las partes restantes por prótesis homologadas, dándose como siempre prioridad a la encarnación de las respectivas cabezas o, en su caso, a su sustitución por copias obtenidas del molde original.
 - 6.2.- Si el antropófago no fuere cristiano y el devorado sí, se dará siempre prioridad a la reconstrucción del cristiano recomponiéndolo lo más completamente posible y complementando al antropófago con prótesis homologadas. Con la cabeza de este último se procederá, en caso necesario, conforme a la directriz general.
 - 6.3.- Si el antropófago fuere cristiano y el devorado no, se procederá de forma similar a la del apartado 6.2, es decir, dando prioridad a la reconstrucción del cristiano independientemente de que éste sea posteriormente condenado a las penas infernales por haber cometido tan reprobable abominación sin causa justificada por el eximente AA-7/55 de antropofagia sobrevenida por extrema e inevitable necesidad.
 - 6.4.- Si tanto el antropófago como la víctima fueren cristianos y ambos estuvieran condenados a penas infernales, se procederá de forma similar a la expresada en el apartado 6.1.
 - 6.5.- Si ambos fueren cristianos y uno de los dos estuviera condenado a las penas infernales mientras el otro fuera bienaventurado, se dará en todo momento prioridad a este último. Quede bien entendido que para que un antropófago pueda considerarse bienaventurado, éste deberá cumplir, amén de las condiciones generales establecidas en la Ley General de la Bienaventuranza, el eximente AA-7/55.

6.6.- Si ambos fueren cristianos y bienaventurados, siempre se dará prioridad a la reconstrucción del devorado, salvo en lo referente al apartado de las cabezas, para lo que se seguirá el criterio general. Quede bien entendido que el antropófago ha de cumplir el eximente AA-7/55.

7.- Resurrección de trasplantados y de donantes de órganos. En cierto modo el caso es similar al del capítulo anterior en sus diversos apartados, por lo que en general se procederá de modo similar en función del apartado equivalente.

No obstante, y sólo en el caso de que ambos involucrados fueren cristianos y bienaventurados, se primará siempre que sea posible el acuerdo amistoso entre ambos y, si éste no fuere posible por existir disputa sobre la posesión de un mismo órgano, se procederá a destruir éste suministrando a ambos litigantes sendas prótesis idénticas de manera que no se discrimine a ninguno de ellos.

En el Cielo, a siglo S menos uno

MIGUEL ARCÁNGEL, coordinador general.

PUNTO ¿FINAL?

Un buen día, sin que nadie lo llegara a sospechar siquiera, el Fin del Mundo llegó inesperadamente. Si algún astrónomo hubiera tenido ocasión de observarlo, habría descubierto con sorpresa cómo el Sol se convertía de forma repentina en una nova, para acto seguido manifestar su desconcierto por la súbita muerte de una estrella a la que se le auguraban varios miles de millones de años de tranquila existencia.

Por desgracia, ningún astrónomo pudo apreciar el Fin del Mundo, puesto que la Tierra se volatilizó apenas en unos segundos junto con todo lo que alentaba sobre ella. Así pues, la humanidad se extinguió sin enterarse de que su ciclo vital había sido interrumpido de tan brusca manera.

* * *

EXPEDIENTE AJM/3692/U17B*

ASUNTO:

Infracción de la normativa vigente sobre protección del Medio Ambiente.

CALIFICACIÓN:

Falta administrativa leve.

HECHOS PROBADOS:

La empresa Explotaciones Energéticas Universales es titular de una concesión de tipo C para la explotación de las reservas energéticas del sector estelar M41-J2A, subsector 7.

Las condiciones reguladoras de esta explotación vienen recogidas por la ordenanza 79A de fecha (intraducible), modificada por el Reglamento U27 de fecha (intraducible), y comportan el cumplimiento exacto y completo de las normas de protección medioambientales reguladas por la Ley General de Protección de los Espacios Libres del Universo por parte de los concesionarios.

La empresa expedientada, en el transcurso de sus actividades, ha desarrollado un comportamiento negligente, de resultas del cual ocasionó el deterioro irreversible de una unidad energética, perteneciente al área de su concesión, que se hallaba en perfecto estado de conservación.

La destrucción injustificada de esta unidad energética ha causado un daño notable en el medio ambiente de su entorno inmediato, así como un perjuicio económico al Ministerio de

Recursos Energéticos (N.T.: Traducción aproximada), propietario legal de la unidad energética dañada.

Realizada la pertinente investigación por técnicos pertenecientes al Ministerio de Recursos Energéticos, no consta que este deterioro haya sido provocado por causas impredecibles e inevitables, sino por una conducta negligente por parte de los explotadores de la concesión.

Por tal motivo, y desestimado el recurso presentado por la empresa expedientada, esta Inspección General, en el ejercicio de las atribuciones que legalmente le han sido conferidas,

RESUELVE:

Imponer a la empresa expedientada una sanción de 100.000 (intraducible), cantidad que podría verse incrementada hasta 1.000.000 de (intraducible) en caso de reincidencia en su comportamiento negligente. Asimismo, de persistir ésta en su actitud, se le apercibe de la posibilidad de una retirada temporal de la licencia para la explotación energética, en el sector M41-J2A, subsector 7, de la que actualmente es beneficiaria, sin perjuicio de las posibles reclamaciones legales por daños y perjuicios causados al medio ambiente y al patrimonio común.

En (intraducible), a (intraducible, aunque debe de tratarse de una fecha o algo similar).

Ilegible (probablemente una firma).

**Ante la imposibilidad de una traducción exacta, hemos optado por transcribir, de la manera más aproximada posible, la interpretación de este documento realizada por nuestro equipo.*

DE LOS NOMBRES DE DIOS

Por última vez, encima de ellos, en la paz de las alturas, las estrellas se apagaban una a una...

Arthur C. Clarke

-¿Sabes? Lo que más me gusta de escritores como Clarke o Asimov es que, independientemente de los bodrios que escribieron... O al menos firmaron -corregí- durante la decadencia de sus carreras, son los que mejor se aproximaron a mi propio concepto de la ciencia ficción.

-¿Y cuál es ese concepto, si puede saberse? -me preguntó mi amigo Juan con un cierto tono burlón en su voz- Porque desde que la ciencia ficción existe como género literario, mucho me temo que se han debido de postular tantas definiciones distintas como casi aficionados hay...

-Es sencillo. -respondí con suavidad mientras me retrepaba perezosamente en el sillón; la combinación de la música de Rachmaninov con la copa de Cardenal Mendoza, dos de mis pequeñas debilidades, me hacía sentirme relajado- A diferencia de la fantasía, que elabora mundos propios sin ningún tipo de límite, la ciencia ficción es la especulación sobre lo posible.

-Te estás refiriendo a la ciencia ficción “*hard*”.

-En absoluto. -respondí molesto, no tanto por la confusión como por el desagradable barbarismo- En realidad a mí me atrae muy poco la ciencia ficción dura -he de confesar que no tengo claro cuál de los dos adjetivos era peor-, a la que quizá sería más correcto denominar como “*ciencia ficción plúmbea*”.

-Pues explícate. -replicó mi amigo al tiempo que se echaba al colete un buen trago de su vaso. Nunca he logrado entender que haya quienes prefieran esos brebajes escoceses, que ni tan siquiera son de malta, a un buen brandy de Jerez; pero como dijo el torero, hay gente *pa tó*.

-Es sencillo. -insistí de nuevo, sin darme cuenta de la repetición de la expresión utilizada- La ciencia ficción dura no es especulativa en modo alguno, simplemente se limita a extrapolar los conocimientos científicos actuales a un presunto futuro que tiene muy poco

de original y sí mucho de encorsetado; en realidad, es poco más que una divulgación científica mejor o peor novelada. Y claro está, incurre en la misma estrechez mental que la de aquellos escritores victorianos que imaginaban un siglo XXI plagado de maravillosos inventos... Movidos todos ellos por el vapor.

-Pero...

-No hay peros que valgan. -le interrumpí, exaltado por el inicio del vibrante *Allegro molto* de la segunda sinfonía de Rachmaninov, una obra que siempre me ha entusiasmado- Imagínate un escritor “hard” de hace ciento y pico años; especularía sin duda con la electricidad, los automóviles, los aviones, los submarinos... Podría quizá llegar a imaginar la radio y la televisión, incluso puede que los viajes espaciales; pero ni por asomo osaría hablar siquiera de los ordenadores, de los trasplantes, de internet... Simplemente, porque para la tecnología de su época eran algo imposible, y él se vería obligado a respetarla a ultranza.

-Sospecho que te estás contradiciendo...

-Nada de eso. -respondí con vehemencia tras dar otro pequeño sorbo a mi copa; realmente resulta excelente contar con amigos tan generosos a la hora de compartir sus bebidas contigo- Hay que ser riguroso, por supuesto, a la par que respetuoso con las evidencias. Pero salvado esto, es preciso especular libremente dentro del margen de maniobra de que dispongamos.

Y viendo la cara de extrañeza de Juan continué:

-A estas alturas, resultaría completamente absurdo ambientar una novela de ciencia ficción en un Venus tropical repleto de dinosaurios, o en un Marte moribundo surcado por canales construidos por una raza agonizante; y todo ello, porque sabemos con certeza que ambos tópicos no son posibles. Pero nada nos impide inventarnos una astronave capaz de volar a mayor velocidad que la luz.

-Hombre, Einstein tendría algo que objetar al respecto...

-¡Al cuerno con Einstein y con toda la caterva de papanatas que le reverencian como si fuera Dios, que son todavía peores que los que amargaron la vida al pobre de Galileo! - exploté- Estoy harto de soportar a todos los que van diciendo que esto no puede ser porque las leyes físicas lo prohíben. ¿Qué leyes físicas? ¿Las del siglo V antes de Cristo? ¿Las del Renacimiento? ¿Las de hace cien años? Absurdo. ¿Acaso no hubo quien llegó a demostrar *matemáticamente* -recalqué la palabra- que los aviones no podían volar? ¿O que los trenes no podrían viajar a más de treinta kilómetros por hora porque la presión del aire mataría a los viajeros? ¡Valientes estúpidos quienes se atreven a predecir lo que nunca podrá ser!

-Bueno, hombre, no te lo tomes así. -me calmó- Yo creo que en el caso de la Teoría de la Relatividad es diferente, ya que se ha demostrado de forma experimental que funciona.

-También funcionaban perfectamente los epiciclos de Ptolomeo, hasta que dejaron de funcionar y hubo quienes siguieron empeñados en negar la evidencia, amenazando con la hoguera a todo aquél que osara contradecirlos. Bien, lo único que yo quiero decir, es que la Teoría de la Relatividad es la herramienta menos mala de que disponemos hasta ahora, lo cual no implica que tenga que ser perfecta o tan siquiera acertada... Y esto nos deja un resquicio que podemos aprovechar sin que nadie tenga por qué rasgarse las vestiduras.

-Pues sigo sin entenderte.

-Pues no es tan difícil. -le remedé- Digamos que el conjunto de todas las realidades posibles puede ser dividido en tres grupos. El primero de ellos comprendería todos los hechos demostrados: La electricidad enciende una bombilla, el uranio desprende energía, el agua está compuesta por oxígeno e hidrógeno. El segundo, abarcaría todo lo que se sabe que resulta imposible: La Tierra no es plana, los elefantes no vuelan, las cosas no caen hacia arriba, en Venus no existen dinosaurios. Y el último, que en realidad sería intermedio entre los dos anteriores, agruparía a todos aquellos fenómenos que no se ha podido demostrar que sean ciertos, pero que tampoco se tiene la certeza de que resulten falsos. La ciencia ficción "*hard*" acepta únicamente lo que pertenece al primer grupo, rechazando los dos restantes. Yo, por el contrario, en caso de duda me quedo también con el tercero. Y desde luego, mientras nadie pueda demostrar experimentalmente que no se puede viajar a mayor velocidad de la luz, y supongo que pasará mucho tiempo antes de que puedan hacerlo, no pienso admitir que me impidan utilizar naves con velocidades hiperlumínicas en mis relatos. ¡Faltaría más!

-Vale. -gruñó- No vamos a discutir por ello. Por cierto, ¿quieres otra copa? -añadió conciliador, mientras se servía otro generoso lingotazo.

-No, gracias; todavía tengo. En cualquier caso, -respondí intentando, asimismo, quitar hierro al asunto- no es cuestión de discutir sobre un punto concreto, sino de fijar un criterio general. Lo único que reivindico, es que todo lo que no esté explícitamente prohibido, ha de estar permitido. Ésta es la única manera que conozco de no estrangular la imaginación.

-Bueno, en eso sí que estoy de acuerdo. -admitió Juan- Aunque lo difícil será ponerle el cascabel al gato...

-Por supuesto. Es por ello por lo que la buena ciencia ficción tan sólo puede estar al alcance de unos pocos autores. Un buen escritor de ciencia ficción no tiene por qué ser necesariamente un científico, pero necesita poseer una sólida base científica unida a una gran amplitud de criterios. Hay autores que sí cuentan con esta formación científica, pero lo

estropean todo por culpa de su dogmatismo, de su negativa a admitir que nuestros conocimientos y nuestra tecnología pueden quedar tan desfasados en un futuro, que los grandes dogmas de fe científicos se vendrán abajo como castillos de naipes.

-Sí, en eso no te falta razón... -concedió- Así pues, ¿defiendes a Clarke y a Asimov?

-Junto con bastantes otros, por supuesto; no son los únicos, gracias a Dios, que cumplen estas premisas, pero sí son los más conocidos y de los pocos cuyos nombres han trascendido al gran público. Y sí, pueden ser dos excelentes ejemplos de lo que yo defiendo.

-Tendrías que matizarlo...

-Sí, ya sé por dónde vas. -sonreí- Por cierto, ahora sí acepto tu ofrecimiento. -añadí, al tiempo que miraba compungido la copa vacía- Este Cardenal Mendoza es realmente excelente. ¡Vale! Es suficiente con esto. Efectivamente, -continué, retomando el hilo de la conversación- la obra de estos dos autores es muy larga y compleja... E irregular, para qué vamos a negarlo, sobre todo cuando optaron por aceptar la *colaboración* de otros autores. Vamos, que le echaron un morro que se lo pisaban cuando empezaron a firmar textos escritos por *negros*. Pero aunque haya que hacer una pira con todos sus últimos libros, e incluso con bastantes de los primeros, después de la purga siempre seguirá quedado un conjunto de obras verdaderamente notable.

-Quiero títulos.

-De Asimov, la trilogía de *Fundación*, la original por supuesto; los relatos, no las novelas, de robots; *El fin de la eternidad*, *Los propios dioses*... ¡Ah, y por supuesto, muchos de sus relatos cortos escritos en los años cuarenta y cincuenta. Eso sí, desde mi punto de vista particular, Asimov era mucho mejor escritor de cuentos que de novelas.

-¿Y de Clarke?

-2001, sin ninguna de sus penosas continuaciones; *Cita con Rama*, también sin sus espantosas secuelas; *La ciudad y las estrellas*... Bueno, la verdad es que los cuentos de Clarke, por lo general, me suelen gustar menos que los de Asimov, pero tiene algunos especialmente encantadores, como por ejemplo el de *Los nueve mil millones de nombres de Dios*.

-¡Ahí te he pillado! -exclamó triunfalmente Juan, estando a punto de derramar el contenido de su vaso- ¡Te he pillado! -insistió.

-¿Por qué? -pregunté perplejo, al tiempo que comprobaba con preocupación que mi precioso brandy no se hubiera derramado a su vez de la copa. Por fortuna, no había sido así.

-Pues porque ese cuento será muy bonito y poético, no te lo discuto, pero carece del menor rigor científico... Que es precisamente lo que tú criticabas.

-Hombre, hay que tener en cuenta que aborda un tema religioso, y eso siempre es delicado... Pero tienes razón, puede que éste no fuera precisamente el mejor ejemplo posible.

-No vayas tan deprisa, hermoso. -Juan había hecho una buena presa, y no iba a soltarla con facilidad- Yo también conozco ese cuento, y ciertamente me gusta bastante... Tanto, que preferiría que lo analizáramos más profundamente.

-Como quieras. -me resigné; hubiera resultado inútil cualquier intento de eludir el tema.

-Lo que yo critico no es el argumento religioso de los monjes tibetanos que compran un ordenador... Bueno, entonces todavía los llamaban computadoras -se corrigió-, para escribir todos los posibles nombres de Dios. Ni tampoco cuestiono que, una vez terminada su labor, llegara el Fin del Mundo o, por hablar con mayor propiedad, el Fin del Universo.

-¿Entonces? -intenté agarrarme desesperadamente a un clavo ardiendo.

-Con lo que yo no estoy en modo alguno de acuerdo, -concluyó- es con la descripción que hace Clarke del Fin del Mundo. Sí, ya sé que es muy poético eso de que las estrellas se vayan apagando una a una; pero para que pudiera suceder, el Fin del Universo tendría que haber empezado hace millones, o miles de millones, de años, de forma que pudiéramos contemplar de forma simultánea la extinción de la totalidad de las estrellas independientemente de la distancia que nos separara de ellas... Porque la luz, te lo recuerdo, tarda bastante tiempo en viajar de una estrella a otra. Eso, claro está, sin contar además -añadió, interrumpiendo mi conato de protesta- con la alusión implícita a que la Tierra fuera el centro del universo, tal como parece desprenderse del hecho de que el Sol fuera la última estrella en morir. Convendrás conmigo en que, desde un punto de vista, estrictamente científico, no se puede decir que Clarke estuviera aquí precisamente acertado.

-Por supuesto que lo sé. -gruñí- ¡Faltaría más...! -la sola sospecha sobre mi presunta ignorancia astronómica me irritaba profundamente- Y sí, estoy de acuerdo contigo en que este relato no es el mejor ejemplo que se me podía haber ocurrido para mi comentario... Aunque no sólo por la incongruencia científica de las estrellas apagándose de forma simultánea, sino principalmente porque cualquier referencia literaria al Fin del Mundo habrá de carecer lógicamente del menor rigor racional. Así pues, retiro mi ejemplo.

-¡De eso nada! -exclamó vivamente Juan- De aquí no se escabulle nadie. ¡Qué te creías!

-¡Pero si me he rendido! -gemí lastimeramente, entre molesto y jocosos- Prefiero centrarme en otros relatos más ajustados a mis postulados.

-Pues no, hermoso. -fue la divertida respuesta de mi amigo mientras se paseaba de un lado a otro de la habitación- No te dejes. ¿Qué creías? ¿Que te ibas a ir de rositas después de sacar a relucir este tema? A estas alturas me importa un pimiento tu definición de la ciencia ficción, me divierte mucho más hablar sobre este cuento en concreto, independientemente de su evidentemente incoherencia.

-Como quieras. -me resigné- Pero quede claro que se trata de algo completamente distinto a lo que estábamos discutiendo hasta ahora.

-Me consta. -respondió burlón al tiempo que, triunfante, se sentaba de nuevo en el sillón- Me consta...

Concluido el vibrante final de la Segunda Sinfonía, el equipo de música comenzó a reproducir las ominosas notas de *La Isla de los Muertos*, el inquietante poema sinfónico compuesto asimismo por Rachmaninov, lo cual no contribuía precisamente a enervarme los nervios, sino antes bien a todo lo contrario. Apuré la copa, dejándola encima de la mesa, y esbozando la más inocente de mis sonrisas me enfrenté dócilmente a mi destino.

-Insisto en ello; el valor de este cuento es puramente poético. De hecho, más que de ciencia ficción habría que considerarlo fantástico. Al fin y al cabo, entra en el mismo saco que cualquier otro relato de argumento inverosímil.

-Todo lo que quieras, pero esto no anula en modo alguno mis planteamientos. -Juan estaba jugando conmigo al ratón y al gato- ¿Cómo se puede explicar que el Fin del Universo tenga, a los ojos de los habitantes de cualquier planeta, el aspecto descrito por Clarke?

-Eso sería imposible. -protesté- Si Dios existiera y decidiera, por la razón que fuese, aniquilar el universo, lo lógico es que lo hiciera de golpe sin mayores complicaciones de vida. Ciertamente es que la última luz emitida por las estrellas antes de apagarse tardaría tiempo en llegar hasta nosotros y no lo haría simultáneamente, sino de forma gradual... Pero esto poco nos habría de importar, puesto que ya no estaríamos vivos para poderlo comprobar con nuestros propios ojos. Una vez extinguidos, nos daría exactamente igual cualquier cosa que pudiera venir a continuación.

-Ésta es, evidentemente, la interpretación que pudiéramos calificar de... científica. Por cierto, ¿qué quieres que ponga ahora? -preguntó, levantándose de nuevo, al comprobar que el disco se había acabado.

-No sé, lo que quieras, menos música dodecafónica o similar cualquier cosa... Bueno, ya puestos, ¿por qué no *Los planetas*? Eso encaja bastante bien con el tema de nuestra conversación.

A pesar de mi evidente tono sarcástico, Juan me hizo caso en introdujo en la bandeja la obra de Holst. Mientras *Marte*, el primero de sus fragmentos, nos inundaba con sus excitantes notas, retomó la momentáneamente interrumpida conversación.

-Como te iba diciendo, si hablamos de Dios y de sus milagros no tenemos por qué encorsetarnos en disquisiciones científicas, antes bien debemos evitarlas ya que sus actos son, por definición, inefables. Así pues, ¿por qué no podemos imaginar que hubiera dispuesto una extinción gradual del universo, de forma que pudiéramos disfrutar de la totalidad de su contemplación de forma simultánea?

-Pero estás presuponiendo que Dios pueda tener hábitos humanos. -protesté con vehemencia; ya que Juan me había llevado a su terreno, estaba dispuesto a luchar como gato panza arriba- Y eso es algo absurdo. ¿Qué te hace pensar que pudiéramos ser tan importantes para él? Siendo amo y señor de todo el universo, habiendo creado, y por lo tanto teniendo en su mano destruir, a miles de millones de galaxias, ¿qué te mueve a pensar que pudiera preocuparse tanto por los habitantes de un mísero planeta? El día que se hartara de su obra la borraría de un plumazo y santas pascuas, sin preocuparse en absoluto de que la extinción de la humanidad fuera precedida de tan espectaculares fuegos artificiales. Se acabaría, y punto.

-Me temo que no es precisamente eso lo que dice la Biblia...

-¿Y qué va a decir, habiendo sido escrita por humanos? El hombre siempre ha pecado de antropocentrismo, y si no, que se lo digan al pobre de Galileo. Además de pretender que Dios nos diera un trato especial, que ya es bastante pedir, hay que tener en cuenta también que un fenómeno tal como el descrito por Clarke implicaría necesariamente la asunción de que la Tierra es el centro del universo... Y desde los tiempos de Copérnico hasta ahora, creo yo, ha llovido bastante.

-El centro geométrico no, por supuesto. Eso sería absurdo. Pero el centro de atención de Dios...

-¿Por qué? Eso supondría tener que aceptar la hipótesis de que la humanidad fuera la única especie inteligente de todo el universo, lo cual resulta todavía más presuntuoso. ¡Menudo despilfarro, molestarse en crear todas estas galaxias con el único fin de que la inteligencia floreciera exclusivamente en nuestro mísero planeta! Porque, de existir otras civilizaciones, ¿sería su destino extinguirse en un holocausto cósmico tan sólo para adornar nuestros últimos momentos?

-No necesariamente. -masculló incómodo; al menos por el momento, yo llevaba las de ganar- Es lógico suponer la existencia de muchas otras civilizaciones repartidas por todo lo largo y ancho del universo, prácticamente nadie cuestiona esto.

-Y, claro está, el destino de todas ellas no sería otro que el de inmolarse en un homenaje póstumo dedicado exclusivamente a nosotros... ¡Ridículo! -remaché triunfante- Si eso no es antropocentrismo galopante, que venga Dios -reí mi involuntario juego de palabras- y lo vea.

-Pero...

-¡No hay peros que valgan! -había cogido la sartén por el mango, y mi excitación iba en aumento conforme venteaba la victoria- Cada vez que los astrónomos detectan la explosión de una nova o de una supernova, ¿quién sabe si detrás de ella no se ocultará la tragedia de la extinción de una raza inteligente, que por supuesto no habrá gozado de tan bonito epílogo a su existencia ya que el universo continúa estando exactamente igual que antes, sólo que con una estrella menos? Por cierto, -añadí maliciosamente- creo que Clarke también escribió un relato abordando este tema.

-Lo conozco. -gruñó- Su argumento postula que la famosa estrella de Belén fue en realidad el estallido de una nova que aniquiló a la civilización cuyo planeta orbitaba en torno a esa estrella.

-Entonces... -¡qué dulce era el sabor de la victoria!- Te pongas como te pongas, suponiendo que el fin de nuestro planeta viniera dado por un cataclismo cósmico, la extinción de la humanidad no supondría para nuestros vecinos sino un momentáneo guiño del Sol que nos ilumina. Nosotros habríamos desaparecido, pero el universo seguiría existiendo. Nada más que eso, por lo que ya podemos irnos olvidando de tan espectaculares coreografías funerarias.

Juan, de sobra lo sabía puesto que nuestra amistad se había iniciado hacía ya muchos años, era tenaz como él solo. O si se prefiere, terco como una mula. Por supuesto nuestras disputas dialécticas no pasaban de ser un simple ejercicio intelectual que ambos practicábamos a modo de juego, tal como otros hacen con el ajedrez o el tenis. Pero lo cierto era que, cuando iniciábamos una partida -permítaseme utilizar este símil- no la concluíamos hasta que uno de los dos acababa completamente agotado... Y el vencedor, poco menos. Y desde luego, la discusión actual prometía ser de las buenas.

-Bien, ahora elijo yo. -exclamó al tiempo que se levantaba para cambiar el disco, esta vez sin consultarme.

Lucía de Lammermoor. Éste había sido un golpe bajo, ya que él sabía perfectamente que yo aborrecía el *bel canto* en todas sus posibles variantes... Y además me había interrumpido *Júpiter*. Bien, si quería guerra psicológica, la iba a tener.

-Me temo que no has respondido todavía a mi pregunta... -objeté melosamente- ¿Acaso no puedes?

-No resulta nada difícil hacerlo. Aquí no estamos considerando el conjunto de la obra de Clarke, ni por supuesto las posibles incoherencias internas de la misma que, dicho sea de paso, existen en absolutamente todos los autores. Tan sólo nos interesa hablar de este relato en concreto.

-Eso es salirse por la tangente...

-En absoluto. Eso es centrarse en el tema que nos ocupa.

-Como quieras. -concedí a regañadientes- Pero sigues sin rebatir mi argumento principal: Por muchas razones diferentes, el Fin del Universo tal como fue descrito por Clarke nunca podría ser real.

-¿Por qué no? Estás partiendo de la base de que Dios tenga que estar sometido al dictado de las leyes físicas igual que cualquier hijo de vecino... Lo cual es completamente absurdo. Si tiene poder para crear el universo, si tiene poder asimismo para cargárselo en el momento que le apetezca, digo yo que se podrá poner por montera las leyes de la gravitación universal, la teoría de la relatividad, la velocidad de la luz y la Biblia en verso... Porque por algo es Dios. ¿Qué te hace pensar que aniquilar la totalidad del universo pudiera suponer para él mayor dificultad que la de hacernos ver una extinción simultánea de todas las estrellas, aunque esto no tuviera lugar en sentido estricto según un desarrollo lineal del tiempo?

Touché. Pero no me iba a rendir tan fácilmente.

-Sí, ya sé por dónde vas, pero volvemos a lo mismo. Aniquilar a todo un universo para regalarnos un final apoteósico... No, no nos merecíamos tanto. Además, ¿qué pasaría con el resto de las razas existentes en el universo? ¿También entrarían, en calidad de actores, en la traca final?

-Bueno, cabe suponer que ellos también tendrían su propio Juicio Final similar al nuestro; evidentemente, no tendríamos por qué ser unos privilegiados.

-¿Todos a la vez? -mi tono de burla era más que evidente.

-¿Por qué no? Vuelvo a insistir en lo mismo. ¿Por qué razón tendría Dios que someterse a la tiranía del tiempo? Evidentemente, nuestro Fin del Mundo no coincidiría con los del resto de las razas conforme a un desarrollo lineal del tiempo, pero es que nuestra línea temporal no tendría por qué coincidir, desde nuestro punto de vista como observadores, con la de ellos, incluso considerando el factor de la velocidad de la luz y la consiguiente tardanza en llegar ésta desde las otras estrellas hasta nosotros. Dicho con otras palabras: Dios podría manipular a su antojo el tiempo cósmico, digámoslo así, retorciéndolo de forma que las extinciones de todas las razas inteligentes del universo, que todos los posibles Juicios Finales, parecieran tener lugar de forma simultánea... Aunque en realidad esto no ocurriera así. ¿Me explico?

-Pues más bien no. -mi afirmación era sólo parcialmente verdadera, pero los dichos gorgoritos de la soprano me tenían cada vez más irritado- ¿Y no podrías poner otra cosa?

-Es fácil de entender. -explicó al tiempo que se levantaba a cambiar el disco- Imagina un planeta que llamaremos A, situado a N años luz de distancia de nosotros. El planeta A está habitado por una raza inteligente, y tiene su armagedón particular cuando la estrella que lo alumbra se convierte en nova. N años después la luz de la explosión llega hasta nosotros, y los únicos que se enteran de ello son los astrónomos, mientras la vida en la Tierra continúa exactamente igual. Siglos más tarde es nuestro Sol el que a su vez estalla, y N años después la luz de su nova llega hasta la región del espacio en la que orbitaba A. Y por supuesto, el resto del universo permanece inmutable excepto por el hecho trivial de que cuenta con dos estrellas menos.

-Pero los habitantes de A no podrán ver la explosión de nuestro Sol, puesto que previamente habían desaparecido. -objeté escamado, al tiempo que los altavoces comenzaban a desgranar los primeros compases del *Poema del Éxtasis*, otro golpe bajo de Juan empeñado, al parecer, en recrear ahora un ambiente místico adecuado para sus planes; bien, al menos algo había ganado, ya que esta música sí me gustaba.

-Eso sería cierto, efectivamente, asumiendo un desarrollo lineal del tiempo, tal como propugnan las leyes físicas y tal como nosotros somos capaces de percibir. Ahora bien, es aquí donde intervienen los poderes divinos.

-¿A dónde quieres llegar?

-Sencillamente, a postular como hipótesis de partida que a Dios le resultaría sumamente fácil alterar ambas líneas temporales, la nuestra y la del planeta A, de modo que desde un punto de vista subjetivo, llamémosle así, sendos holocaustos se desarrollaran de forma aparentemente simultánea ante los ojos de los habitantes de ambos planetas, por más que esta simultaneidad no fuera cronológicamente real... Vamos, que veríamos extinguirse el sol de A justo antes de que el nuestro hiciera lo propio, y viceversa. Y el razonamiento

que he hecho para los dos astros, podría ser extrapolado a la totalidad de las estrellas visibles en el firmamento.

-¡Un momento, que te columpias! -exclamé, súbitamente inspirado- En primer lugar, Clarke habla de que las estrellas se apagaban una a una, mientras tú recurres a las novas para explicar su extinción... Que es justo lo contrario.

-Si es sólo eso... -se burló- Evidentemente se trata de una mera licencia poética, pero el fondo es exactamente el mismo: La humanidad, no la nuestra, sino cualquier humanidad existente en el cosmos, vería extinguirse el universo justo antes de que la Tierra, o su planeta, siguieran el mismo camino. ¿Qué importan los detalles?

-Importan exactamente aquello que queramos que importen... Que puede ser mucho o poco. Pero ésta no es mi principal objeción. -respondí, sacando los ases de la manga; las maniobras de distracción habían terminado, ahora se imponía un ataque frontal- Porque hay algo mucho peor.

-¿El qué? -su fruncimiento de ceño era tan evidente que me hizo sonreír.

-Pues muy sencillo, y conste que estoy utilizando exactamente tus mismas palabras. -recaqué- Supongamos que el planeta A se extingue antes que la Tierra en un tiempo... Digamos real. ¿De acuerdo? -ante su asentimiento tácito continué- Bien, N años después los astrónomos registran de forma rutinaria su nova, cosa que por cierto vienen haciendo sistemáticamente desde hace siglos. ¿Vale? -su mutismo no hacía presagiar nada bueno, pero yo ya estaba lanzado a tumba abierta- Y luego resulta que, coincidiendo con la extinción de la Tierra, vemos aniquilarse de nuevo a su sol... Por segunda vez, aunque en esta ocasión dentro del marco de una impresionante apoteosis final de dimensiones cósmicas. Es decir, hemos visto dos veces lo mismo... ¿Cómo explicas esto?

-Se explica, se explica... -en realidad su titubeo hacía sospechar más bien lo contrario- Sólo hay que considerar la existencia de un modo singular de relatividad temporal... No, no pienses en Einstein, se trata de algo completamente diferente. Pero en el fondo...

Bien, había conseguido acorralarlo, y su respuesta me recordaba vivamente a la de un escolar cuando el profesor le pillaba sin saberse la lección. Iba a rematar de forma triunfal la faena, cuando el *Poema del Éxtasis* concluyó siendo sustituido por los lúgubres compases de la *Danza Macabra*. Buen salto éste de Scriabin a Saint Sæens, pero tremendamente inoportuno al romper bruscamente una atmósfera favorable para mis fines.

-¡Qué disco más raro! -gruñí disgustado, al ver que Juan no había hecho el menor movimiento para cambiarlo- ¿Dónde lo has comprado?

-No lo he comprado, lo he grabado. -respondió, al tiempo que se servía otro generoso lingotazo- ¿Quieres tú? -y ante mi muda negativa continuó- He entresacado fragmentos de diferentes discos, y los he grabado todos juntos en un disco virgen, agrupándolos a mi gusto. ¿Qué te parece?

-Yo también tendría que hacer lo mismo. -mascullé; bien podía decir que le había salvado la campana- Pero volvamos al tema. Te he hecho una pregunta que todavía no has contestado.

-Sí. -suspiró, retrepándose en el sillón a la vez que tomaba aliento- Todavía no la he contestado.

Dio un largo trago del vaso que sostenía en la mano derecha y continuó:

-¿Sabes cuál es la ventaja de meter a Dios por medio? Pues que así puedes recurrir sin problemas de ningún tipo a cualquier explicación sobrenatural que te apetezca.

-Eso está muy bien, pero lamento decirte que no me sirve como respuesta. Creo entender que hasta los propios teólogos limitan la omnipotencia de Dios excluyendo los casos metafísicamente imposibles, como por ejemplo que alguien nazca después de haber fallecido...

-Claro, claro... Pero también la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica plantean postulados que aparentemente atentan contra la lógica... Y sin embargo, funcionan.

-Bueno, éste es un tema de discusión diferente, y no quiero que nos desviemos de lo que estamos hablando ahora. -conocía de sobra sus marrullerías dialécticas, y en modo alguno estaba dispuesto a permitir que se me escurriera como una anguila- Yo, lo único que había planteado, sin entrar todavía en el tema de esa aparente sincronización temporal, -evidentemente no estaba dispuesto a desperdiciar ni un solo cartucho- es la imposibilidad lógica de que pudiéramos observar dos veces la misma extinción del sol del planeta A.

-¿Por qué no? -objetó con nuevos bríos- Tú puedes observar dos, e incluso más veces, un mismo fenómeno; basta con que te desplaces más rápido que éste... Y ni siquiera eso, como ocurre por ejemplo con el eco.

-¡Déjate de marrullerías de una puñetera vez! -exploté irritado- Todo eso no es más que un sofisma hueco. No nos estamos desplazando a mayor velocidad que la luz, ni ellos ni nosotros, así que tu presunta explicación se cae por su propio peso. Además de eso, -añadí- no existe la menor simetría cronológica. Según tu modelo nosotros veríamos la primera explosión de A antes de que se extinguiera nuestro Sol, mientras ellos lo verían al contrario... Y luego ambos a la vez. ¡Vaya galimatías estúpido!

Fin de la *Danza Macabra* y principio de la *Marcha fúnebre de Sigfrido*. Ahora llegaba el turno de Wagner, pero el espíritu musical seguía siendo exactamente el mismo. ¿Casualidad? Conociendo a Juan, lo dudaba.

-Calma. -irónicamente, ahora era Juan el que tenía la sartén por el mango- Lo que tienes que hacer, es intentar comprender el planteamiento.

-¡Y un cuerno! -evidentemente, no me había calmado- Si Dios puede hacer cualquier cosa, excepto las metafísicamente imposibles, dime tú cómo se las podría apañar con este asunto.

-¡Pero es que todo esto no resulta más absurdo que la teoría de la relatividad! -insistió en tono conciliador- Sólo que se trata de una relatividad distinta, no sujeta a los dictados de las leyes físicas.

Ahora era yo el que daba vueltas nerviosamente por toda la habitación. Tras percatarme de que estaba perdiendo definitivamente los papeles, me recriminé mentalmente obligándome a sentarme. Mientras tanto, una nueva pieza se derramaba por los altavoces. Esa música... La conocía, pero no conseguía identificarla, algo que siempre me había fastidiado sobremanera. ¡Ah, sí! Era el *Adagio* de Barber. Bien, seguíamos con temas melancólicos, cuando no directamente fúnebres. Pero el hecho de haber adivinado el título había aliviado, siquiera en parte, mi malestar anterior.

Ante mi mutismo, Juan continuó.

-Te pongas como te pongas, saltarnos a la torera las leyes físicas no conduce necesariamente a ninguna imposibilidad metafísica.

-¿Y el principio de causalidad? ¿Cómo puede preceder el efecto a la causa?

-Es que no la precede. Imagínate al tiempo no como una línea continua que engloba todo, sino como una madeja de hilos finos, cada uno de ellos con su propia longitud y su propio recorrido, coincidiendo todos ellos tan sólo en el origen y en el final. Cada uno de estos hilos sería la línea temporal de una civilización, todas ellas diferentes del resto; nosotros podríamos ver desde fuera los caminos de nuestros vecinos, pero los veríamos según nuestros propios parámetros, no los suyos. Sin embargo, todos llegaríamos de forma simultánea al final, donde convergerían todas nuestras líneas temporales independientemente de que hubiéramos podido vislumbrar con anterioridad algunas extinciones particulares, previas a la nuestra según los parámetros particulares de nuestra propia línea temporal, pero coincidentes en la realidad al final de los tiempos.

El *Aleluya de El Mesías*... Tenía que tratarse de una coincidencia, pero sumamente inoportuna. O muy oportuna, según se mirara. Bien, yo me jactaba de ser un buen jugador,

y sabía encajar las derrotas; y era evidente que había perdido la partida, no porque Juan me hubiera convencido, sino porque era incapaz de encontrar nuevos argumentos con los que rebatir los suyos. Así pues, me rendí caballerosamente y me despedí de él, emplazándolo para una nueva reunión, esta vez en mi casa, el próximo fin de semana... Y esta vez pensaba sacarme la espina.

Caminaba por la calle -nuestras respectivas viviendas estaban tan próximas que siempre iba andando- cuando me planteé lo irónico que resultaba hablar de estrellas que se apagaban viviendo en una gran ciudad, ya que sus habitantes habíamos perdido prácticamente por completo el excitante placer de contemplar el firmamento estrellado. Suspirando con nostalgia levanté de forma involuntaria los ojos al cielo; frente a mí se alzaba, majestuosa como siempre, la impresionante constelación de Orión, flanqueada a un lado por la brillante Sirio y al otro por la inconfundible Aldebarán, mientras el resto de las estrellas, incluyendo a las invisibles Pléyades, quedaban veladas por la contaminación luminosa de la gran urbe.

Pero algo no encajaba. Miré con detenimiento, observando con sorpresa la ausencia de la brillante Rigel. Sí, allí estaba el resto de las estrellas principales de la constelación: Betelgeuse, Bellatrix, el trío que dibujaba la línea del cinturón... Pero faltaba Rigel.

Perplejo, bajé la vista hasta encontrarme en mi campo de visión con las familiares y tranquilizadoras farolas. No podía ser... Tendría que haber alguna pequeña nube tapando a la estrella, ésta era la única explicación racional que se me ocurría. Pero en el resto del trayecto hasta mi casa, no me atreví a alzar de nuevo la vista al cielo.

FIN

Con un bostezo, Dios apagó la videoconsola.

APOCALIPSIS

Con un gesto de hastío, Dios se incorporó de su asiento desentendiéndose del juego.

-Miguel, -ordenó a su ayuda de cámara- recoge el tablero y guarda las fichas.

-Señor, -objetó éste- son demasiadas. ¿Qué hago con las que sobran?

-Arrójalas al incinerador. Total, ya no sirven para nada...

EL DÍA DEL FIN DEL MUNDO

El día del Fin del Mundo, tal como había sido profetizado varios miles de años atrás, los ángeles descendieron sobre la faz de la Tierra.

Cuando uno de ellos surgió ante mí dispuesto a realizar la labor que Dios le había encomendado, mi sorpresa no tuvo límites al contemplar el aspecto de este ser celestial. Lejos de ajustarse al patrón establecido por la iconografía cristiana, sus alas eran membranosas al estilo de las de los murciélagos, su cuerpo desnudo estaba recubierto de escamas de profundo color negro, su cabeza recordaba a las de los mitológicos dragones y su boca, erizada de colmillos y provista de una larga lengua bífida, exhalaba un penetrante olor a azufre.

Al ver que su aparición me había dejado paralizado, frunció la espantosa boca en una mueca que pretendía ser el remedo de una torva sonrisa y, con voz gutural, graznó a modo de explicación:

-Todo era puro *marketing*...

Y sin tiempo para recuperarme, me aferró con sus afiladas garras clavándomelas en la carne a modo de mortales dagas.

RÉQUIEM

Urgente: Acaba de estallar la guerra atóm...

EL DÍA FINAL

-Mucho me temo que esto es ya definitivo. -suspiró Schssss arrojando el periódico sobre la mesa.

-Así es, mi querido amigo. -respondió Grrrrw con el fatalismo propio de su raza- Hemos de hacernos a la idea de que esto se acaba, y nosotros con él.

Los titulares del periódico no podían ser más explícitos:

MAÑANA A MEDIODÍA EL GRAN ASTEROIDE IMPACTARÁ CONTRA LA TIERRA. LOS CIENTÍFICOS AFIRMAN QUE LA CIVILIZACIÓN NO SOBREVIVIRÁ AL CATACLISMO

-Resulta irónico que tengamos que ser precisamente nosotros los testigos privilegiados de un acontecimiento cósmico que sólo ocurre una vez cada cientos de millones de años... - filósofo Schssss- Nunca pude imaginar que llegaría a presenciar el Fin del Mundo.

-Desde luego, se trata de algo de lo que ninguno de nuestros predecesores pudo disfrutar. -respondió su amigo- Y en cuanto a nuestros descendientes... bien, éstos no llegarán a existir siquiera.

-Está claro que nuestra raza se extinguirá, y con ella desaparecerá la única estirpe inteligente del planeta; pero me pregunto si ocurrirá lo mismo con el resto de los animales.

-Supongo que sí... -aventuró dubitativo Grrrrw- No veo la razón por la que vayan a ser más afortunados que nosotros; si logran sobrevivir al impacto y a los terremotos, tendrán que afrontar el consiguiente período glacial y de oscuridad en el que se sumirá el mundo a causa del polvo que, a modo de mortaja, cubrirá la totalidad del firmamento durante un buen puñado de años. Las plantas morirán por falta de luz, y sin plantas de las que alimentarse, los animales acabarán pereciendo de inanición. Están tan sentenciados como nosotros, me temo.

-Quizá algunos lo consigan...

-Hay científicos que opinan que, pese a todo, ciertos animales pequeños y primitivos podrían tener algunas posibilidades de supervivencia: los invertebrados, los reptiles, los

anfibios, quizá también los mamíferos... pero desde luego no los dinosaurios; somos demasiado evolucionados como para poder adaptarnos. ¿De qué te ríes? -se interrumpió al observar la sonrisa que afloraba en el hocico de su compañero.

-¡Oh, no es nada! -respondió éste al tiempo que recobraba la seriedad- Durante un instante me he imaginado a un hipotético mamífero, descendiente remoto de sus ancestros actuales, convertido en un ser inteligente capaz de recrear nuestra civilización muchos millones de años después de que ésta desaparezca... una tontería, vamos.

-Por supuesto que es una tontería. -zanjó Grrrrw con vehemencia- No hay cosa más absurda que imaginar que unos seres tan toscos pudieran llegar a evolucionar tal como lo hicieron nuestros antepasados; antes lo creería, incluso de las tortugas o los cocodrilos. Pero los mamíferos... dicen los paleontólogos que son, cuanto menos, tan antiguos como nosotros, y sin embargo ahí los tienes: ¿les ha servido para algo? Mientras nosotros llegábamos hasta la cúspide de la evolución, ellos siguen siendo unas arcaicas e insignificantes alimañas a las que hemos tenido incluso que proteger para evitar que se extinguieran. ¿Te parecen los candidatos adecuados para sucedernos? -se burló- Para mí que no lograrán sobrevivir ni tan siquiera unos cuantos días.

-Tienes toda la razón; -reconoció Schssss- esos seres son un callejón sin salida de la evolución. Si durante tantísimo tiempo han sido incapaces de ir más allá, desde luego no cabe esperar que vayan a medrar justo cuando las condiciones ambientales se van a endurecer hasta unos niveles difícilmente imaginables. En fin; -suspiró de nuevo- no creo que eso nos preocupe demasiado a partir de mañana. Por cierto, ¿qué vas a hacer hasta entonces?

-Aguardaré en casa junto a mi compañera y los huevos de nuestra camada; es una lástima que por unos días no alcancemos a conocer a nuestros hijos. ¿Y tú?

-Pienso retirarme a la Casa de Meditación más cercana; lo de las orgías es algo que no va conmigo. ¿Y si nos vamos? Se está haciendo tarde...

Ambos amigos se levantaron al unísono, con tal precipitación que la cola de Grrrrw derribó el velador sobre el que estaban depositadas las casi intactas bebidas, derramándolas por el suelo.

-¡Vaya, qué torpeza! -exclamó éste al tiempo que hacía además de deshacer el desaguado.

-¡Bah, déjalo! -respondió Schssss- ¿Qué más da? No creo que nadie vaya a sentarse ya aquí.

Instantes después el lugar quedaba desierto y silencioso... para siempre.

EXPERIMENTO FALLIDO

-No deja de ser sorprendente -comentaba mi amigo- que el genoma humano y el de los grandes simios sean idénticos al menos en un 99 %... claro está que, -añadió con sarcasmo- viendo como se comportan muchos de nuestros congéneres, ese uno por ciento todavía me parece mucho.

-Dicho así es cierto que parece muy poco, -concedí- pero incurriríamos en un error si confundiéramos cantidad con calidad; según los científicos, no todas las porciones del ADN son igual de importantes, y precisamente en ese uno por ciento al que aludías parece estar la clave de las diferencias que nos separan de nuestros primos.

-Será así, no lo discuto; -rebatí con vehemencia- pero también es casualidad que esa diferencia tan nimia tenga que ser la responsable de un salto evolutivo tan enorme...

-¿Qué quieres decir? -pregunté perplejo al tiempo que interrumpía el gesto de llevarme a la boca el vaso de cerveza.

-Pues eso, que de acuerdo con la ley de probabilidades, no parece lógica una relación causa efecto tan desmesurada, resulta realmente difícil concebir que tan poco haya podido acarrear tanto. -y viendo mi gesto de sorpresa añadió- Mira. -señalaba hacia los aperitivos que teníamos delante- Aquí hay aceitunas, pepinillos, cebollitas... y en este otro plato patatas fritas, cacahuetes, almendras, pistachos...

-¿A dónde quieres llegar con esto? -insistí, dejando el vaso junto a sus "*pruebas*".

-No sé si se habrá realizado ya el mapa genómico de todos estos vegetales, pero no me extrañaría en absoluto que entre dos cualquiera de ellos hubiera una diferencia genética bastante mayor que ese dichoso uno por ciento que nos separa de los chimpancés; y sin embargo, aunque sean muy distintos, no se puede decir que unos hayan evolucionado más que otros.

-¡Venga, hombre, no seas ridículo! -estallé- ¡No pretenderás contarme historias de patatas andantes o pepinillos poetas!

-Por supuesto que no; -respondió irritado- de todos modos, me temo que he escogido un ejemplo poco adecuado. Olvida los pepinillos, pero fíjate en los animales o, si lo prefieres, en los mamíferos. La diversidad existente entre las distintas especies es enorme, dime tú en qué se parece un elefante a un ratón, o éste a una ballena, o la ballena a un murciélago, pero en general no se puede decir que unos sean más evolucionados que el resto; incluso aquellos que siempre han figurado como primitivos en los libros de texto,

como los ornitorrincos o los marsupiales, la verdad es que se las apañan tan ricamente para salir adelante. Simplemente, son diferentes, pero no mejores. ¿Por qué razón, entonces, nuestra pequeña deriva genética no se limitó a producir una especie antropoide más similar a los gorilas, los orangutanes, los chimpancés o los bonobos, en vez de a un ser racional? Se mire como se mire, no resulta nada lógico que dejáramos tan atrás a nuestros primos en lugar de evolucionar de forma paralela a ellos.

-Visto así no te falta razón, -condescendí- pero lo cierto es que la evolución transcurrió de esa manera, y no de otra distinta. Dicen los antropólogos...

-¡No mientes siquiera a esos farsantes! -me interrumpió con brusquedad al tiempo que daba un puñetazo sobre la mesa que hizo tambalearse los vasos y rodar a varias aceitunas; por suerte la terraza estaba casi vacía, y el camarero se encontraba en esos momentos atendiendo a los únicos clientes además de nosotros, justo en el otro extremo del recinto- ¿Acaso te crees que se pueda desarrollar con un mínimo rigor científico todo el árbol genealógico de la evolución humana partiendo tan sólo de unos cuantos pedazos de huesos roídos? El famoso cráneo del Hombre de Orce resultó pertenecer finalmente a un burro, y en cuanto al tan cacareado Hombre de Flores muchos científicos afirman que era una raza de humanos normales degenerada genéticamente a causa del aislamiento y la endogamia.

Hizo una pausa para echar un trago y continuó:

-¿Quién nos garantiza que la famosa Lucy no fuera en realidad sino una pobre tullida? Imagina que en un futuro remoto unos paleontólogos conocieran de nuestra especie tan sólo un único esqueleto, y que diera la casualidad de que éste fuera el del famoso Hombre Elefante, que tengo entendido que algún excéntrico tiene guardado por ahí... O el de un jugador de baloncesto, si prefieres un ejemplo menos rebuscado. ¿Qué conclusiones sacarían de ello?

-Hombre, si me lo pones así... -conseguí meter baza venciendo su inagotable verborrea, si bien tan sólo de manera efímera.

-¡Pues claro que lo pongo así! ¡Lo pongo como se tiene que poner! -mi amigo estaba embalado, y de sobra sabía que resultaría completamente inútil intentar competir contra su vehemencia, razón por la que opté por dejarle hablar- La realidad, por mucho que esos señores se nieguen a admitirlo, es que no sabemos prácticamente nada de nuestro pasado como especie, de modo que intentar reconstruirlo con los datos de que disponemos, resultaría tan inútil como pretender reescribir el Quijote partiendo tan sólo de algunos pequeños fragmentos de sus páginas.

-De acuerdo, de acuerdo... -me rendí- Pero en cualquier caso, aunque no sepamos como, lo cierto es que estamos aquí, se trata de un hecho incontrovertible.

-Sí, por supuesto que estamos aquí, -respondió mordaz- sentados en la terraza de un bar tomando unas cervezas en vez de estar saltando de rama en rama con un plátano entre los dientes. ¿Pero nunca te has planteado la excepcionalidad, por no decir la imposibilidad lógica, de que se dé esta situación?

-Pero...

-No hay peros que valgan; la naturaleza no sólo es ciega, también es práctica, aplastantemente práctica, y se mire como se mire, nosotros no encajamos en su esquema general, antes bien chocamos por todos lados con él. ¿Por qué tuvieron que ser los antropoides, o mejor dicho, la rama antropoide de nuestros antepasados, los únicos que evolucionaron hacia la adquisición de la racionalidad, y no otras especies animales como los cánidos, los roedores, los elefantes o, si me apuras, los dinosaurios?

-Hombre, yo creo que está bastante claro que la evolución humana se apoyó en ciertas pautas que, por las razones que fueran, no se dieron en otros animales; el bipedismo, las manos prensiles, la visión frontal, el lenguaje, el desarrollo de los lóbulos frontales del cerebro...

-Pamplinas. Todos esos factores, por separado o de forma conjunta, se han dado en diferentes especies animales a lo largo de la evolución, y no por ello han derivado hacia un *Dino sapiens*, un *Canis sapiens* o un *Rattus sapiens*. Por fuerza tuvo que haber un factor imprevisto que provocara este inesperado cambio de rumbo en el guión original que acabó convirtiendo a un simple mono en el *Homo sapiens*.

-¡Vaya! -exclamé divertido- Me parece que ya empiezo a saber por donde van los tiros; puesto que tu indiferencia religiosa nos fuerza a descartar por completo a Dios como Gran Hacedor del Universo, -mi amigo asintió complacido con la cabeza- tan sólo nos queda otra posibilidad, la de la intervención de unos hipotéticos seres extraterrestres muchísimo más evolucionados que nosotros; lástima que a Arthur C. Clarke se le ocurriera esta historia antes que a ti.

-Aunque te lo tomes a guasa, -respondió muy serio- no te equivocas. Yo estoy convencido de que el hombre no es sino el resultado de una mutación artificial provocada de forma deliberada por unos seres de tecnología muy superior a la nuestra, aunque en modo alguno divinos.

-Bien, pues entonces tan sólo nos queda ponernos a buscar el monolito... -me chanceé.

-Ríete, pero en el fondo sabes perfectamente que yo tengo razón... aunque no haya monolito alguno. De hecho, no creo que a nuestros creadores ese artilugio les hiciera la menor falta para controlar el desarrollo de su experimento.

-¿Cómo si no? -pregunté, medio en broma, medio en serio.

-Pues muy sencillo, merced a la evolución de nuestros marcadores genéticos; tras descifrar el genoma humano, los investigadores quedaron muy sorprendidos al descubrir que gran parte de nuestro ADN no servía aparentemente para nada, era ADN basura... pero, ¿y si no lo fuera? ¿Y si en realidad contuviera, codificado de una manera indescifrable para nosotros, un registro donde vinieran reflejadas todas las etapas de nuestra evolución? A nuestros creadores les bastaría con tomar una muestra de ADN de uno cualquiera de nosotros para, tras leerla adecuadamente, tener una información completa de todo nuestro pasado.

-La verdad es que imaginación no te falta, pero mucho me temo que tu teoría no es demasiado original; me suena haber leído algo parecido por ahí, quizá a algún escritor de ciencia ficción.

-Es posible, pero a diferencia de ellos yo sí creo que va en serio, no se trata de una simple especulación literaria.

-Como quieras. -me encogí de hombros al tiempo que engullía un *Pepinillo sapiens*- Pero esto no cambia las cosas ni, por supuesto, me va a quitar el sueño.

-Pues debería preocuparte. -sentenció tajante consiguiendo indultar a la aceituna que iba a seguir los pasos de su sentenciado compañero de plato.

-¿Por qué? -mi ingenuidad era auténtica- ¿Qué más me da que mis genes hayan evolucionado de forma natural o que hayan sido manipulados por los Grandes Galácticos? ¿Cuál es la diferencia práctica? ¿En qué podría cambiar mi vida?

-Me sorprende que no te percares del peligro. -su actitud comenzaba a incomodarme, ya que me recordaba desagradablemente a la de un familiar lejano, testigo de Jehová, que acostumbraba a sermonearme cada vez que encontraba la menor ocasión para ello, pese a mis continuas admoniciones en contra de su tenaz proselitismo- Si somos realmente el resultado de un experimento genético, si nuestros genes están codificados de forma artificial hasta en su último nucleótido, ¿no se te ha ocurrido pensar que, por precaución, pudieran haber introducido en nuestro ADN algún tipo de interruptor de seguridad en previsión de que el experimento pudiera acabar yéndoseles de las manos? Lo sorprendente sería que no lo hubieran hecho.

-Vamos, -me burlé al tiempo que apuraba la cerveza, ya caliente- que según tú deberíamos de tener metido, en algún recóndito rincón de nuestros cromosomas, una especie de mecanismo de autodestrucción que se activaría en el caso de que fuéramos unos niños malos... También es ingenioso, lo reconozco, pero sigue sin ser original. Si no recuerdo mal, algo así era lo que hacían en *Parque Jurásico* cuando “fabricaban” a los

dinosaurios con una incapacidad para sintetizar un aminoácido, creo que era la lisina, de forma que pudieran tenerlos siempre bien controlados... si la cosa iba bien, les suministraban lisina de forma artificial con los alimentos, pero si alguno se les escapaba, la carencia de lisina acabaría matándolo en poco tiempo... en teoría, porque en la práctica la cosa acaba saliéndoles mal por exigencias del guión. Espero que el método de los Grandes Galácticos sea más efectivo.

-Es que no funcionaría así; -rebatíó él, aparentemente sin haberse apercibido de mi sarcasmo- en realidad nosotros dispondríamos de una libertad de acción total, no nos habrían fabricado para decorar un parque temático, sino para explorar nuevas vías de la evolución incapaces de desarrollarse por sí mismas. En realidad lo único que les interesaría sería el resultado final del experimento, y para ello nos habrían dejado tranquilos y a nuestro libre albedrío tras su intervención. Por esta razón, el mecanismo de seguridad tan sólo se activaría en caso de verdadera emergencia.

-Pues chico, qué quieres que te diga, basta con echar un vistazo a la historia de la humanidad para percatarse de que, cuanto menos desde los tiempos de los asirios para acá, no se puede decir que les hayan faltado oportunidades de comprobar la infamia con la que nos hemos comportado siempre que hemos podido... y ya lo ves, ni fu ni fa. Así que yo, tranquilo.

-No seas imbécil. -había logrado enfurecerlo- A nuestros creadores les importaba un pimiento que nos matáramos entre nosotros, ése no era el objeto de su experimento. Pero ahora es diferente, ya que por vez primera en la historia nos hemos convertido en una auténtica plaga a escala global. Estamos a punto de cargarnos el planeta, y no sólo de una sino de varias maneras diferentes: la capa de ozono, el efecto invernadero, la contaminación del aire y el agua, la desertización, la extinción de especies animales y vegetales, la superpoblación agobiante... ¿te parece poco?

-O sea, que según tú ha llegado el momento de que alguien allá arriba decida apretar el botón... no se trata de una perspectiva demasiado halagüeña, me temo.

-Eso es precisamente lo que yo creo. -fue su rotunda respuesta- El experimento se ha desbocado por completo, y puesto que a estas alturas resulta evidente que hemos fracasado, cabe pensar que tarde o temprano acaben dándolo por zanjado... y se acabó para siempre el Homo sapiens.

-Espero que estés equivocado... -balbuceé asustado al tiempo que reclamaba la atención del camarero para pagarle la cuenta- por el bien de todos nosotros.

* * *

Por desgracia, no lo estaba. Han transcurrido apenas tres meses desde el día en que mantuvimos esa conversación, y a estas alturas resulta evidente, al menos para mí, que han apretado el botón y la especie humana se encamina de forma irreversible hacia la extinción. Comenzó hace apenas unas semanas -qué deprisa pasa el tiempo en ocasiones-, cuando en distintos lugares del mundo gente de todas las edades comenzó a morir de forma tan repentina como misteriosa. A diferencia del sida y de otras pandemias, en esta ocasión resultaba imposible detectar un foco de origen, ya que los casos tenían lugar de forma simultánea, y aparentemente aleatoria, en la totalidad de los países con independencia de que éstos fueran ricos o pobres, desarrollados o atrasados, occidentales o pertenecientes a otras culturas, sin respetar ni edades ni sexos.

Tampoco se pudo determinar ninguna pauta que permitiera detectar el vector que provocaba la enfermedad, aunque todo parecía indicar que se trataba de un proceso endocrino; las autopsias de las víctimas determinaron que éstas fallecían víctimas de un potente tóxico, desconocido hasta ahora para la ciencia y mortal de necesidad aun en dosis ínfimas, que causaba un colapso metabólico total apenas unos minutos después de haber entrado en el torrente sanguíneo. Tras minuciosas investigaciones se logró determinar que el tóxico era segregado por el propio organismo, pudiendo determinarse su origen en una glándula endocrina aparentemente tan inofensiva como era la epífisis, un pequeño bultito con forma de guisante que todos tenemos en el interior del cerebro y que también conocido con el nombre de glándula pineal, justo donde Descartes ubicaba -lo que ahora se nos revela como un involuntario sarcasmo- el mismísimo asiento del alma.

Sí, ya sé que las enciclopedias decían que la epífisis, en condiciones normales, segregaba varias hormonas encargadas de regular los ciclos de sueño y vigilia -es decir, los ritmos circadianos- y que también parecía intervenir en el control del metabolismo de las células cancerosas, pero ahora -las pruebas son abrumadoras- su principal misión no es otra que la de producir una hormona asesina, bautizada apropiadamente como *parcamina*, responsable ya de la muerte de una tercera parte de la humanidad, siendo previsible que en un corto espacio de tiempo lo sea también del resto.

La ciencia se ha confesado inerte ante esta catástrofe, y a estas alturas resulta ya evidente, incluso para los más escépticos, que la humanidad está sentenciada. Los delicados engranajes que permiten el funcionamiento de nuestra complicada sociedad están completamente desbaratados, y el caos se extiende por doquier mientras la gente se refugia bien en la religión, bien en la animalidad más desenfrenada dando rienda suelta a sus instintos más primitivos. Muchos se suicidan, incapaces de soportar la angustia de saber que llevan una bomba de relojería alojada en el interior de su cuerpo sin que nada ni nadie sea capaz de evitarlo.

Aunque nadie se atreve a hacer suya de forma oficial la hipótesis de mi amigo, fallecido hace unos días tras advertirme con un escueto “*te lo dije*” justo antes de morir, resulta evidente que cualquier otra explicación resulta inviable, ya que incluso quienes pregonan el advenimiento del Apocalipsis no saben cuan cerca están de la verdad aun cuando el responsable no sea el Dios justiciero que ellos imaginan, sino unos fríos científicos que han decidido interrumpir un experimento que no estaba rindiendo los resultados deseados. No puede ser de otra manera, puesto que mientras los humanos nos extinguimos a pasos agigantados, ningún otro ser vivo del planeta, ni animales ni plantas, ni tan siquiera nuestros parientes los monos, parece experimentar el menor trastorno. De ellos será el futuro de la Tierra, y a buen seguro que sabrán habitarla y conservarla mucho mejor de lo que lo fuimos nosotros. Que tengan más suerte de la que tuvimos nosotros.

Claro está que también cabe la posibilidad de que nuestros flemáticos creadores opten por poner en marcha un nuevo experimento, esta vez con delfines, ratones, insectos o vete a saber qué otro animal... puede, incluso, que las grandes extinciones que marcaron el final de las eras geológicas, incluyendo la de los dinosaurios, no fueran sino sendas limpiezas de la pizarra de estos aprendices de brujos. Pero esto ya no importa, puesto que dentro de poco estaremos ya todos muertos.

Requiescat in pace el hombre.

LA VERDADERA CAUSA DE LA EXTINCIÓN DE LOS DINOSAURIOS

En contra de lo afirmado por una creencia popular comúnmente extendida, los dinosaurios no se extinguieron por culpa de la caída de un asteroide, ni tampoco lo hicieron a causa de cualquier otro tipo de catástrofe natural como terremotos, erupciones volcánicas o cambios climáticos. Ni tan siquiera tuvieron la culpa los mamíferos que, según algunos, podrían haber devorado sus huevos.

No. Ninguna de esas teorías era cierta. En realidad, la verdadera causa de su extinción no fue otra que la vergüenza; ellos, tan orgullosos, fueron incapaces de superar la vergüenza infinita que les causó el conocimiento de que sus descendientes directos serían las plebeyas gallinas.

EL DINOSAURIO

Cuando despertó, el dinosaurio se quedó de piedra al descubrir que estaba en la sala principal del Museo de Ciencias.

LETRA PEQUEÑA

Cuando hace 65 millones de años la caída de un gigantesco meteorito en lo que actualmente es la península del Yucatán provocó la extinción masiva de los dinosaurios, Dios acudió a la compañía de seguros con la que había suscrito una póliza a todo riesgo justo después de que creara el mundo.

Lamentablemente una de las cláusulas de la letra pequeña rezaba taxativamente que quedaban excluidos de la cobertura, entre otros casos, los daños “producidos por la caída de objetos siderales, aerolitos y, en general, cualquier cuerpo procedente del espacio exterior a la atmósfera terrestre”.

Así pues, se quedó sin poder cobrar indemnización alguna por la pérdida de tan simpáticos animalitos.

INDIFERENCIA

J.E. era un vago redomado. Mejor dicho, era extraordinariamente vago. Durante toda su vida, y ya andaba por los cuarenta y muchos, se las había apañado para sobrevivir, mejor o peor, sin dar palo al agua, un mérito ciertamente notable en alguien que ni provenía de una familia rica, ni había contado jamás con “ayudas” externas que le hubieran permitido vivir de forma regalada sin el menor esfuerzo por su parte.

Porque J.E. era listo, o por lo menos lo suficientemente astuto como para saberse aprovechar de las fisuras por las que rebosaba la opulencia de la sociedad; y por mucho que fueran migajas, con eso le bastaba. A su manera era sobrio, y se conformaba con poco con tal de no tener que esforzarse para sacar adelante la dura tarea de la subsistencia cotidiana.

J.E., además de aborrecer cualquier tipo de trabajo físico, era asimismo un impenitente vago intelectual. Pensar cualquier cosa era algo que le generaba fuertes dolores de cabeza, y verse obligado a tener que tomar una decisión, por muy trivial que ésta fuera, le suponía tanto sacrificio y esfuerzo como subirse a una obra acarreando ladrillos... así pues tampoco pensaba, en lo cual no se diferenciaba gran cosa, pensándolo bien, de una parte importante de la población del país.

Porque, es necesario volver a repetirlo, J.E. era un vago integral. Tan vago era, que la víspera del Fin del Mundo, cuando la práctica totalidad de los habitantes del planeta asumían mejor o peor su inminente destino, ora refugiándose en la religión ora entregándose a las más aberrantes orgías conforme a su particular idiosincrasia, eso sin contar con suicidios y estoicismos de todo tipo, J.E. se limitó a encogerse de hombros sin saber que hacer -en realidad sin quererlo saber- durante la última noche de existencia de la humanidad.

-Ya veré mañana -se dijo.

Minutos después dormía como un bendito, ajeno por completo al hecho de que no existiría un *mañana*.

EL MANDO A DISTANCIA

Con un bostezo, Dios pulsó el botón de apagado del mando a distancia.

Había llegado el Fin del Mundo.

RESERVA DE CAZA

Uno de los tópicos más comunes dentro del género de la ciencia ficción, creído incluso a pies juntillas por más de un *magufo* desnortado, es el que imagina a la Tierra completamente aislada del resto del universo, por razones que suelen variar más o menos de un autor a otro, pero que en definitiva la convierten en una especie de reserva natural a escala galáctica, con unos terrestres cuya evolución dependería exclusivamente de sus propios medios aunque siempre vigilados, de forma más o menos estrecha, por sus benévolos -o en ocasiones no tanto- vecinos estelares.

Sin embargo, la realidad es bien distinta: nuestro planeta constituye, desde hace eones, una de las reservas de caza más cotizadas de todo este sector de la Vía Láctea, y a él han venido, desde tiempos inmemoriales, infinidad de cazadores procedentes de todos los rincones de la galaxia, e incluso hasta de las galaxias cercanas.

Tal es su fama cinegética, que después de cada una de estas grandes cacerías ha sido necesario implantar una severa veda para asegurar la recuperación de la fauna, algo que por lo general ha costado millones de años conseguir. De hecho, detrás de estas cacerías están las cinco grandes extinciones masivas registradas por los paleontólogos, incluyendo la que hace 65 millones de años acabó con los dinosaurios, junto con otras menos acusadas, pero no por ello carentes de importancia, tales como la que marcó el final del período Eoceno, 34 millones de años atrás, o la que tuvo lugar en el Pleistoceno, hace apenas 10.000 años, con posterioridad a la última glaciación.

Ahora, tras mucho tiempo de espera, se rumorea que la veda está a punto de levantarse de nuevo, por lo que son infinidad los cazadores que aguardan con impaciencia el momento de poder cobrar sus cotizadas presas, máxime cuando es de sobra conocido que la explosiva proliferación de la nueva especie dominante garantizará trofeos suficientes para todos, hasta el punto que se piensa que la próxima extinción que se avecina podría ser incluso más sonada que todas las anteriores.

LAS EXTINCCIONES MASIVAS

Aunque es sobradamente conocida la extinción de los dinosaurios -y de otros muchos animales- hace sesenta y cinco millones de años, al final del período Cretácico, lo cierto es que ésta fue tan sólo la última de las cinco extinciones masivas que los paleontólogos han logrado identificar a lo largo de los últimos quinientos millones de años de historia de la Tierra. Es probable que pudiera haber bastantes más en épocas anteriores, dado que se estima que la vida surgió en nuestro planeta hace unos cuatro mil millones de años, pero la actividad geológica continuada durante un período de tiempo tan prologado convierte en prácticamente imposible conocer lo que pudo ocurrir en épocas tan remotas.

La primera extinción masiva tuvo lugar hace unos cuatrocientos cincuenta millones de años, entre los períodos Ordovítico y Silúrico. La segunda, hace trescientos sesenta millones de años, marcó la división entre los períodos Devónico y Carbonífero provocando la desaparición del setenta por cien de las especies vivas. La tercera, hace doscientos cincuenta millones de años, entre el Pérmico y el Triásico, fue con diferencia la más mortífera de todas, ya que aniquiló a más del noventa por cien de las especies marinas y al setenta por cien de las terrestres. La cuarta, hace doscientos diez millones de años, es la conocida por los paleontólogos como la transición Triásico-Jurásico. Y la quinta, la de los dinosaurios, no fue de las peores, dado que “sólo” acabó con el setenta y cinco por cien de todas las especies.

Hubo además otras muchas extinciones menores, como la que marcó el final del Eoceno hace treinta y siete millones de años, o la que tuvo lugar tras la última glaciación hace tan sólo unos diez mil años, la cual se llevó por delante animales que llegaron a convivir con el hombre tales como el mamut, el rinoceronte lanudo, el oso de las cavernas o el tigre dientes de sable, así como también a nuestro primo, el hombre de Neandertal.

Aunque los paleontólogos han barajado varias hipótesis para explicar estos fenómenos, bruscos y repentinos a escala geológica, tales como impactos de asteroides o cometas, drásticos cambios de clima o erupciones volcánicas masivas, lo cierto es que sus verdaderas causas no han podido ser establecidas en ningún caso con una certeza absoluta.

Ello se debe, sin duda, a que la ciencia sigue empeñada en negar la influencia de seres extraterrestres en la evolución del planeta, de modo que el mito de los Grandes Galácticos ha quedado relegado al ámbito de la ciencia ficción, que lo utiliza como recurso literario, y al de los círculos magufos pasados de rosca, que sí se lo toman en serio ante la indiferencia, cuando no la conmiseración, del común de los mortales.

Sin embargo son precisamente estos últimos los que más se aproximan a la verdad. Los Grandes Galácticos, en efecto, existen, pero lejos de tutelar benévolamente a las civilizaciones recién nacidas al estilo de lo imaginado por Arthur C. Clarke en *2001. Una odisea del espacio*, las consideran una molestia cuando no directamente una plaga.

Es preciso advertir que los Grandes Galácticos, y en eso sí acertaron los autores de ciencia ficción, son unos seres inmateriales constituidos por energía pura, lo cuales, por razones que se escapan a la limitada comprensión de la mente humana, detestan a todo aquello que suponga cualquier tipo de vida basada en la materia, sea ésta del tipo que sea, prefiriendo que los astros que pueblan el universo se mantengan limpios de ella, quizá por considerarlos su jardín particular.

Por esta razón, cuando en un planeta arraiga la vida ellos suelen hacer con ella exactamente igual que nosotros con las cucarachas o las ratas: intentan exterminarla. Éstas son, pues, las verdaderas causas de las extinciones masivas y, probablemente, también de las extinciones menores que periódicamente asolan la Tierra: se trata, en definitiva, del equivalente a nuestras campañas de desratización que, si bien no suelen conseguir al cien por cien su objetivo dado que la vida acostumbra a ser sumamente resistente y tozuda, al menos logran mantenerla bajo control durante cierto tiempo en su madriguera, vigilando estrechamente, eso sí, que ésta no desborde los límites de su planeta.

PERCANCE INFORMÁTICO

Aquella sofocante tarde de finales de julio el sol calentaba de lo lindo, y hasta el aire parecía quemar como si saliera de un horno encendido. La calle estaba inusualmente desierta, con los transeúntes a resguardo de la canícula a excepción de aquellos pocos que, a su pesar, se veían obligados a atravesar lo que se les antojaba como una auténtica travesía por el desierto.

Uno de los escasos peatones que soportaban con estoicismo ese sol de justicia era un hombre de aspecto anodino cuyo único rasgo distintivo era la llamativa gorra de visera con la que se protegía la cabeza. Éste marchaba pegado a la pared buscando el abrigo del mísero refugio que le proporcionaban las breves sombras de mediodía, y probablemente volvía a casa tras haber concluido su jornada laboral en horario de verano, recorriendo a pie el tramo final de su itinerario entre la parada de autobús o de metro en la que debía de haberse apeado y el fresco refugio del portal de su domicilio, ya que a nadie en su sano juicio se le hubiera ocurrido pasearse bajo unas temperaturas que debían de rozar, si no traspasaban, los cuarenta grados.

El viandante caminaba deprisa, impaciente sin duda por llegar a su destino y sin prestar demasiada atención a lo que le rodeaba, fija su mirada al frente. Por esta razón no se percató de lo que ocurría hasta que la mujer se cruzó con él... de manera literal, puesto que atravesó su cuerpo como si de un fantasma se tratara, siguiendo su camino en dirección contraria a la de él sin apercibirse, aparentemente, del insólito atropello.

Perplejo, se volvió para observarla descubriendo que ésta no caminaba, sino que flotaba a medio metro de altura.

Quizá hubiera intentado llamar su atención, pero no le dio tiempo a ello. Del asfalto surgió, frente a él, algo que atentaba contra todas las leyes de la naturaleza, una indescriptible quimera que dejaba muy atrás a cuantos seres imaginarios habían sido jamás ideados por la mente humana. El engendro ascendió varios metros y estalló en un sinfín de fulgores multicolores antes de desaparecer por completo.

Más adelante nevaba... tan sólo en un círculo de tres o cuatro metros de diámetro, tras el cual parecía llover fuego. Simultáneamente los edificios comenzaron a desdibujarse, temblando como si fueran de gelatina, mientras varios de ellos eran sustituidos por otros de arquitecturas imposibles que parecían haber brotado de la imaginación de un Escher o un Piranesi. En el cielo, a retazos, brillaban unas extrañas estrellas, se arremolinaban ominosas nubes de tormenta o bien surgían visiones que la mente humana era incapaz de comprender.

Aterrado, el viandante echó a correr huyendo de tamaño cúmulo de pesadillas, no sin antes tener que esquivar a una cabeza sin cuerpo que le sonreía beatíficamente y, poco más allá, a un cuerpo sin cabeza que se tambaleaba al caminar tal como un ciego que hubiera perdido el bastón.

Pero no pudo llegar muy lejos. El mundo que le rodeaba se volvía cada vez más irreal, más inconsistente, más extraño...

Lo último que alcanzó a ver fue un estallido de colores que incluían gamas jamás percibidas por un ojo humano. Y luego todo fue ya oscuridad y silencio.

* * *

-¡Adelante!

El joven ángel -tan sólo tenía cincuenta millones de años de edad- entró cohibido en el imponente despacho de Dios. Sabía que no iba a ser un trago agradable.

-Señor... -saludó con respeto- tengo que comunicarle que...

-Sí, ya lo sé -le interrumpió con brusquedad-. Me acaba de informar el jefe del gabinete informático. Se ha caído el sistema correspondiente a la Tierra, del que eras responsable tú si no me equivoco... -remató con malicia.

El interpelado, tras hacer el gesto angelical equivalente a tragar saliva, respondió con una humildad no privada de temor:

-Esto... sí, señor, eso es lo que ha ocurrido -en esos momentos lo que más deseaba era que el sólido suelo que le sostenía se abriera bajo sus pies-. Hubo un pequeño error de programación que pasó desapercibido a todos los autómatas analizadores; normalmente esto no hubiera creado problemas, ningún sistema es perfecto al cien por cien, pero dio la fatalidad de que el bicho -aquí Dios hizo una mueca de disgusto ante el informal uso de la jerga informática- se había colado en uno de los sectores más sensibles, y comenzó a propagarse siguiendo una progresión viral, por lo que acabó entrando en conflicto con una serie de subrutinas cada vez más importantes. En cuanto nos percatamos de ello intentamos levantar cortafuegos e inmunizar el sistema con nuestros mejores antivirus, pero por desgracia fuimos incapaces de evitar que el sistema colapsara -concluyó el abatido informático con apenas un hilo de voz.

-Bien, si ese ha sido el problema, volvedlo a lanzar después de haberlo depurado; no creo que sea tan difícil. Y si la copia hubiera quedado demasiado dañada, usad la de respaldo más reciente -zanjó Dios con sequedad.

-Ya... ya lo hemos intentado, señor -musitó el ángel bajando la vista al suelo-. Pero...

-¿Pero qué? -se impacientó el Todopoderoso fulminándole con la mirada- ¿Es que sois incapaces de cumplir con vuestro trabajo sin que tenga que estar yo pendiente de todo?

-Ocurre que las últimas copias de seguridad también resultaron estar contaminadas - confesó la víctima propiciatoria, cada vez más encogida-. Las intentamos depurar, pero estaban inservibles y no pudimos aprovechar ninguna de ellas.

-Echad mano de las anteriores; -gruñó su interlocutor sin disimular su fastidio- si no me equivoco, pasado cierto tiempo se pasan a discos duros externos, con lo cual estarás limpias.

-El caso es que los discos duros en los que guardábamos esas copias de seguridad quedaron almacenados en un lugar inadecuado, por lo que también resultaron dañados. Ni siquiera hemos podido recuperar la información que guardaban en su interior... por otro lado, nunca pensamos que fuera a ser necesario tener que recurrir a copias tan antiguas.

-O sea -zanjó Dios con una falsa calma que no hacía presagiar nada bueno-, que según me estás diciendo hemos perdido no sólo el programa original que estaba corriendo en el servidor, sino también ab-so-lu-ta-men-te -recalcó las sílabas una por una como si pretendiera morderlas- todas las copias de seguridad anteriores...

-¡Oh, no, todas no! -exclamó el desdichado aferrándose a un débil clavo ardiendo como si, pese a ser inmortal, le fuera la vida en ello- Por suerte hemos conseguido encontrar una que se hizo en su día con motivo de una revisión general del equipo; la verdad es que debería haberse borrado una vez terminada ésta, pero por alguna afortunada casualidad se quedó trasapelada...

-Bien, algo es algo.

-El problema es que es algo antigua...

-¿Cuánto de antigua?

-Alrededor de unos cuatro mil años... terrestres, por supuesto -balbuceó el ángel temiendo que el estallido de la tormenta fuera inminente.

Y no se equivocó. Dios, descargando de golpe toda la ira de que era capaz, y ésta era mucha, dio un furibundo puñetazo sobre la recia mesa partiéndola en dos, e incorporándose de su asiento estalló:

-¡Cuatro mil años! ¿Tú sabes lo que dices? ¡Me habéis perdido más de la mitad de la civilización humana, y precisamente los episodios más interesantes de la misma! ¡Habéis

borrado de un plumazo todo mi trabajo con esa puñetera tribu del desierto que tanta guerra me dio desde que en mala hora les prometí velar por ellos! ¡Os habéis cargado a mi propio hijo virtual, junto con los dos mil años de cosecha de su labor! ¡Habéis arruinado miserablemente uno de los proyectos en los que yo había puesto más interés! ¡Y ahora me vienes con ese ademán de mosquita muerta, como si no hubiera pasado nada y todo se pudiera arreglar poniendo cuatro parches de mala manera!

-Yo... -gimió aterrado el infeliz, incapaz de completar la frase.

-¡Tú te vas a pasar el resto de tus días vigilando la frontera con el infierno en el sector del Valle de Josafat! -éste era uno de los destinos más temidos por todo el personal del cielo- ¡Y no tendrás ocasión de aburrirte, puesto que te acompañará el resto de tus inútiles compañeros!

-¡Señor! -gimoteó el ángel al ver que su futuro se presentaba cada vez más negro- ¡Te ruego que nos dejes algo más de tiempo! Pensamos que podremos recuperar al menos parte de la información de los ficheros dañados, y quizá insertándolos en la copia antigua...

-¡Bonita solución! -se mofó el altísimo- Recuperar unos cuantos personajes de las últimas generaciones e incrustarlos en la Tierra de cuatro mil años atrás, cuando ni siquiera se conocían los metales... sí, no cabe duda de que sería muy divertido coger a una persona del siglo XXI de la era de mi hijo, acostumbrada a todo tipo de tecnologías avanzadas, y soltarla de repente en pleno neolítico...

-También podríamos acelerar la evolución del sistema, comprimiendo esos cuatro mil años en tan sólo...

-Sabes de sobra que nunca conseguiríamos volver a la situación anterior, ya que en cada ciclo el modelo original tiende a seguir una evolución diferente; es lo que los humanos conocen como libre albedrío, aunque en realidad se trata de una consecuencia directa del principio de incertidumbre. Te recuerdo que trabajamos con sistemas parcialmente caóticos, ya que el determinismo no nos permitiría estudiar una evolución libre.

-Pero sería equivalente...

-Sería algo completamente distinto. Y como comprenderás, tirar por la borda un proyecto tan maduro no es algo que me apetezca precisamente. Además tendría que volver a mandar allí a mi hijo, y por muy virtual que éste sea, no creo que le apeteciera demasiado. Ya lo pasó tan mal una vez como para obligarle a repetirlo.

-Pues entonces... -se rindió el abatido ángel encogiendo las alas- a ti encomiendo mi espíritu.

El pobre ya se veía de guardia fronterizo intentando evitar las continuas provocaciones de los procaces demonios, algo que sólo con pensarlo espeluznaba a su alma pura. Pero para sorpresa suya, Dios se dirigió a él en tono comedido, casi amistoso.

-Me habéis dado un gran disgusto -reprochó, al tiempo que paseaba a grandes zancadas por la habitación-. Cierto es que he creado miles de mundos, pero a éste le tenía especial cariño, ya que mandé a él a mi hijo tras crearle a partir de una matriz diseñada a propósito -esto no era totalmente cierto, pero venía a cuento *por exigencias del guión*-. Y me lo habéis chafado, vaya si me lo habéis chafado.

Como el pobre ángel permaneciera en silencio, continuó:

-Pero por otro lado, la verdad es que me apetece aceptar el reto de reconstruir un mundo arruinado, así que os daré otra oportunidad. ¿Cuánta información crees que podréis recuperar de las copias dañadas?

El pobre alado, sorprendido todavía por la repentina magnanimidad de su superior, respondió de forma atropellada:

-No lo puedo decir con exactitud, tendríamos que evaluarlo... un veinte, quizá un treinta por ciento del total sumando lo salvado de todas las copias. Luego dependerá, claro está, de la cantidad de información redundante que haya en ellas, ya que todavía no hemos podido comprobar si los daños afectaron o no a las mismas secciones en las diferentes copias. Claro está que habrá que contar también con el desfase temporal entre unas y otras, pero no creo que este intervalo sea demasiado amplio, como mucho alrededor de tres o cuatro generaciones humanas.

-Está bien, hacedlo. Al acelerar la evolución de la copia antigua, y antes de insertarle los fragmentos recuperados, introducid todos los parámetros correctores que sea necesario para que la divergencia final resulte mínima; y si tenéis que inventaros algo, hacedlo. Tengo mucho interés en que la reconstrucción resulte lo más parecida posible al original y que no se noten demasiado los empalmes.

-Pero la directiva OB-407... -balbuceó su subordinado.

-¡Esa directiva la implanté yo, y por lo tanto puedo derogarla siempre que me plazca! Su objeto era impedir que ningún programador introdujera alteraciones arbitrarias en los proyectos, pero en este caso está justificado que nos la saltemos. Es más, os ordeno que os la saltéis cuantas veces haga falta. Y no te preocupes, tendréis mi autorización por escrito.

Y como el ángel se mostraba dubitativo, explicó:

Ya sé que todo este proceso provocará alteraciones en la dinámica interna del sistema, y que probablemente los humanos las atribuirán a milagros u otro tipo de fenómenos sobrenaturales; pero no nos queda otro remedio que asumir el riesgo. Seguramente, una vez que todo haya encajado se recuperará la normalidad y acabarán olvidándose de ello.

Pero éste continuaba inmóvil y en silencio, al parecer no demasiado convencido ante la responsabilidad que le venía encima. Así pues, le conminó:

-¡Venga! ¿A qué esperas? Muévete, es mucho el trabajo que tenéis que hacer, y cuanto antes empecéis, mejor. No vamos a estar entretenidos en ello toda la eternidad...

Instantes después el atribulado ángel se había esfumado entre un revuelo de suaves plumas.

-¡Estos jovenzuelos! -rezongó Dios una vez se hubo quedado solo, satisfecho de haber podido encontrar una solución aceptable al problema.

Y levantando el brazo derecho hizo un suave gesto ordenando a la mesa rota que se recompusiera. Volvió a sentarse en su silla -el trono celestial tan sólo lo utilizaba para los actos solemnes- y se sumió en sus inescrutables pensamientos.

-No sé yo lo que podrá salir de todo eso -se dijo-. Me temo que después de tanto parche acabará saliendo una chapuza... aunque en realidad nunca fue un proyecto demasiado bueno, la verdad es que debería hacerlo cancelado hace ya tiempo. Pero por otro lado -concluyó encogiendo sus divinos hombros-, al menos los responsables del desaguisado estarán entretenidos durante una temporada y les servirá de escarmiento, con lo que otra vez tendrán más cuidado con los proyectos realmente importantes. Y en cuanto a los humanos -concluyó-, no creo que lleguen a darse siquiera cuenta del apaño.

Dicho lo cual, se desentendió del tema.

INCREDULIDAD

En algún lugar de Gondwana, hace 65 millones y pico de años, dos *Dino sapiens* dialogaban.

-¿Sabes? -decía uno de ellos-. He leído un artículo en el que unos científicos afirman que una catástrofe mundial suficientemente violenta podría provocar la extinción de la práctica totalidad de los seres vivos; tan sólo se salvarían un pequeño puñado de especies, entre ellas las de los mamíferos.

-¿Los mamíferos? -se burló su amigo-. No me hagas reír, por favor. Con la cantidad de animales desarrollados que hay en el planeta, ¿tendrían que ir a salvarse precisamente los más toscos e inútiles, poco más que un fondo de saco de la evolución? ¡Venga, ya! Y todavía dirán que estos miserables bichos, al encontrarse sin competencia, evolucionarían y se expandirían por todo el planeta cubriendo el hueco dejado por nosotros. E incluso, ya puestos, ¿por qué no imaginar que acabara apareciendo un mamífero inteligente?

-¿No lo crees? -preguntó, amostazado, el primero.

-Por supuesto que no. Puede que nos extingamos, no digo lo contrario. Puede que no quede ni un solo dinosaurio vivo en toda la extensión del orbe. Pero que nos sucedan los mamíferos, y todavía más -añadió, aparentemente sin caer en la cuenta de que esa afirmación había sido fruto de su propia cosecha- que el *Dino sapiens* sea reemplazado como especie dominante por cualquier tipo de *Mammalia sapiens* que se te pueda ocurrir, es algo que no me puedo tragar se pongan como se pongan esos científicos que citas.

-Como tú quieras -concedió su interlocutor agitando con indiferencia la cola-. En cualquier caso, de lo que sí estoy seguro es de que, pase lo que pase, ni tú ni yo lo veremos.

En aquel mismo instante un asteroide de varios kilómetros de diámetro, procedente de las profundidades del espacio, se iba acercando cada vez más a la Tierra.

LA VERDADERA HISTORIA DEL FIN DEL MUNDO

El Fin del Mundo llegó cuando menos se esperaba. Y por si fuera poco, no ocurrió conforme a ninguno de los escenarios previstos. Así, no cayó del cielo ningún asteroide o cometa; no hubo terremotos ni excepcionales erupciones volcánicas; ni el Sol se convirtió en nova ni dejó de irradiar el suficiente calor para seguir alentando la vida; no hubo ninguna alteración climática radical, no desapareció la capa de ozono y ni tan siquiera el tan cacareado calentamiento global tuvo nada que ver en ello. Tampoco se desató ninguna epidemia mortal, y en contra de lo pregonado por los más agoreros la humanidad no se aniquiló a sí misma mediante una guerra nuclear.

En realidad la causa del Fin del Mundo fue tan sencilla como insospechada. Simplemente, las plantas dejaron de sintetizar clorofila. O, dicho con mayor precisión, la molécula de clorofila cambió de estructura de modo que la nueva variante, bautizada por los bioquímicos como clorofila beta, resultó ser incapaz de realizar la función clorofílica, es decir, la síntesis de la glucosa, piedra angular del metabolismo vegetal, a partir de agua, CO₂ y luz solar.

En consecuencia, la nueva clorofila no podía crear las sustancias biológicas que resultaban imprescindibles para la vida. Esto, que no hubiera pasado de ser una curiosidad científica de haberse tratado de un hecho singular, se convirtió en la sentencia de muerte de la totalidad de la vida del planeta, humanidad incluida, cuando se descubrió que la mutación afectaba a la totalidad de las especies vegetales autotróficas que tenían a la función clorofílica como la base de su metabolismo, desde las gigantescas secoyas hasta las microscópicas bacterias fotosintéticas, tanto en la tierra como en los océanos. Ciertamente era que algunos grupos de bacterias e incluso de invertebrados, como ocurría en los ecosistemas de las fuentes hidrotermales submarinas, eran capaces de medrar mediante procesos metabólicos que tenían su origen en fuentes de energía ajenas a la luz solar, pero a nivel global esto no dejaba de ser anecdótico y, lo más importante de todo, en ningún caso serviría para alimentar a la sentenciada humanidad. En cuanto a los hongos y demás organismos saprofitos, su supervivencia estaba ligada a los mismos parámetros que la de los animales, con independencia de que se alimentaran de materia viva o muerta: sin plantas de las que poder vivir, tarde o temprano se acabarían extinguiendo.

Conforme las plantas, y tras ellas los animales, fueron muriendo una tras otra, comenzó a cundir cada vez más el pánico en el seno de la humanidad. Los primeros en colapsar fueron, como era de esperar, los países pobres del Tercer Mundo, aunque no tardaron mucho en seguirles los del otrora próspero Occidente, conforme los alimentos almacenados fueron disminuyendo hasta desaparecer por completo.

En esta fase final de la historia de la humanidad afloró todo cuanto había de peor en ella, saltando en añicos la delgada capa de milenios de civilización ante en arrollador empuje de los instintos más atávicos y brutales de su estirpe animal. Y aunque se tenía la certeza absoluta de que la extinción sería total y que la supervivencia de los más afortunados tan sólo supondría una breve prórroga ante la hecatombe final, lejos de resignarse fueron legión quienes, a lo largo y ancho del planeta y amparados en la impunidad, cometieron todo tipo de tropelías que en otras circunstancias habrían avergonzado hasta al más abyecto criminal. Otros buscaron refugio en la religión o, en llamativa antítesis, en todo aquello que hasta entonces había estado prohibido, mientras la mayoría de la gente se resignó simplemente a morir.

Ni siquiera aquellos que lograron acaparar víveres pudieron mantenerse con vida mucho más. Unos fueron víctimas de las hordas desmandadas que, sin ningún tipo de trabas sociales ni éticas, vagaban sin rumbo en busca de poder sobrevivir siquiera un día más. Otros sucumbieron ante el abanico de enfermedades mortales, muchas de ellas ya olvidadas, que florecieron, al socaire del inmenso pudridero en que se había convertido el planeta, a modo de lúgubres teloneras del inmediato Apocalipsis. Y el resto, por último, acabaron suicidándose víctimas de la desesperación, o bien terminaron volviéndose completamente locos.

No mucho más tarde, cuando ni tan siquiera los carroñeros pudieron sobrevivir a la imparable putrefacción que se había entronizado como dueña absoluta del orbe, se abatió sobre la Tierra, por vez primera en los últimos cuatro mil millones de años de su existencia, el más ominoso de los posibles silencios.

* * *

-Bien, parece que esta vez el tratamiento sí ha dado resultado y hemos conseguido erradicar al fin la infección.

-Por fortuna; la verdad es que empezaba a estar desesperada.

-No es para menos; cuantas veces lo intentamos, tan sólo conseguimos reducirla al mínimo pero no exterminarla, con lo cual tarde o temprano acababa rebrotando. Y no será por falta de agresividad en los tratamientos.

-Dígame a mí, que tuve que padecer sus secuelas... para nada. Habría sido más fácil matarme que acabar con esta plaga. Y en ocasiones, no anduvimos demasiado lejos.

-De hecho, fue la propia plaga la que estuvo a punto de matarla, jamás había visto un caso tan virulento. Por fortuna el tratamiento fue en esta ocasión mucho menos dañino y, lo más importante, efectivo. Según los últimos análisis, está usted completamente curada. Tan sólo tendrá que esperar a que se depuren los detritus generados por los parásitos y los restos

de los propios parásitos muertos; pero será leve comparado con todo lo que usted ha venido padeciendo. Reciba mi más cordial enhorabuena.

PODEROSO CABALLERO...

Desde hacía tiempo, los científicos habían especulado largo u tendido sobre como podría ser el Fin del Mundo o, cuando menos, la extinción de la humanidad, entendiendo como tal un final catastrófico e inesperado y no fruto de la inevitable muerte del Sol dentro de cuatro o cinco mil millones de años.

La hipótesis favorita, a la par que la más conocida por el gran público, era la del impacto de un asteroide o un cometa, de suficiente tamaño como para causar una extinción masiva similar a la que presuntamente acabó con los dinosaurios o a la todavía más mortífera extinción del Carbonífero. Otras teorías barajaban causas tales como el estallido de una supernova cercana, cambios climáticos drásticos provocados por una actividad volcánica desusada e incluso alteraciones repentinas de la actividad solar. A ellas se sumaban, como cabía suponer, todo tipo de especulaciones más o menos delirantes lanzadas por charlatanes y embaucadores de toda laya, aunque estas últimas no eran tomadas en consideración en los círculos académicos, aunque sí por más de una publicación popular.

Lo que nadie pudo ser capaz de predecir fue la súbita volatilización de la Tierra y del resto de los astros del Sistema Solar, con el Sol incluido, en apenas unos microsegundos, tras la cual el vasto volumen que ocupaban éstos quedó completamente vacío al haber desaparecido incluso las partículas de polvo y las moléculas de gas que en ínfima cantidad acostumbran a existir desperdigadas por el espacio. De haber sobrevivido algún astrofísico, y de haber tenido éste los conocimientos suficientes, quizá podría haber aventurado la posibilidad de que un haz gigantesco de energía desconocida, que probablemente no fuera de ningún tipo de energía sino de una ignota manifestación de las fuerzas fundamentales del universo, hubiera barrido todo cuanto se interponía en su camino sin dejar tras de sí ni la menor partícula material; pero como esta circunstancia no se llegó a dar, nadie hubo que pudiera certificar el fin de la Tierra y, con él, la extinción de la humanidad.

* * *

¿ATENTADO ECOLÓGICO EN EL SECTOR 7?

De nuestro corresponsal en Vrgtxcia, Sector 7.

La asociación ecologista Universo Radiante ha denunciado públicamente el atentado ecológico que, según sus portavoces, se ha perpetrado en el Sector Galáctico nº 7 y, más concretamente, en la región conocida como NYD-203/2ª, una zona prácticamente despoblada y hasta hace muy poco sin urbanizar, durante la construcción de un tramo de la Ronda Brazo Exterior - Brazo Sur que la atraviesa enlazando las populosas regiones vecinas KPT-987/1ª y ABV-326/5ª. Esta Ronda forma parte del trazado del Gran Colector Interbraquial diseñado para regularizar el tráfico entre los diferentes brazos galácticos, evitando su paso por las congestionadas áreas del centro y el halo, y el tramo objeto de discusión era uno de los pocos que quedaban aún sin construir a causa del preceptivo informe de impacto ambiental que fue preciso redactar al discurrir éste por zonas potencialmente sujetas a protección paisajística.

Según Universo Radiante el gobierno sectorial, haciendo caso omiso de las conclusiones del citado informe, consintió que fuera arrasado un volumen de siete mil aartias de longitud y trescientos de radio, mediante la emisión de un haz barredor de radiación keppa, para la construcción del tubo colector de tráfico, lo que ha supuesto la desaparición total de varios sistemas planetarios incluyendo XB-403-0000005J, que tenía incoado expediente de declaración de espacio natural protegido. Nada queda hoy de estos sistemas, mientras la maquinaria pesada de la empresa constructora ha comenzado ya a instalar los deflectores másico/energéticos que constituirán la futura superficie protectora del tubo colector. Universo Radiante ha llamado la atención, asimismo, sobre las presuntas irregularidades detectadas en la concesión de la obra a Construcciones Galácticas y Cumulares, al sospecharse la existencia de vínculos clientelares entre los propietarios de la citada empresa y altos cargos de la Consejería de Infraestructuras del Gobierno Sectorial, algo que en su día fue denunciado por las otras empresas constructoras que se presentaron al concurso, cuya reclamación fue finalmente sobreseída en la Audiencia Sectorial.

A requerimiento de nuestros redactores un portavoz de la Consejería de Infraestructuras ha manifestado que todas las contrataciones de obras públicas convocadas por el Gobierno Sectorial se ciñen escrupulosamente a la normativa legal vigente, desafiando a cualquiera de estos subversivos (sic) a demostrar ante los jueces lo contrario. En cuanto a la destrucción del sistema XB-403-0000005J, afirmó que el expediente

incoado, aun cuando hubiera sido resuelto de forma positiva, algo bastante dudoso, nunca habría tenido capacidad legal para paralizar la construcción del tubo colector, dado que el nivel de protección previsto era tan sólo de 1 e inferior al asignado a una obra de interés público de grado 3. Esto se debía a que tan sólo se había detectado vida en estado embrionario en un único planeta del sistema, quedando ésta por debajo del nivel -3 de la escala Kooser/Jrtrtrptf considerado legalmente como mínimo para la protección ecológica.

Estos argumentos son rebatidos a su vez por Universo Radiante, que afirma que si bien es cierto que el nivel biológico asignado al planeta en cuestión no alcanzaba el citado mínimo, se trataba de una valoración muy antigua y no homologable con los parámetros actuales, por lo que hubiera sido preciso realizar una nueva evaluación ante las sospechas fundadas de que desde entonces pudiera haber existido una importante evolución de las entidades biológicas locales, presumiblemente hasta valores superiores al citado -3, pero que a pesar de sus reiterados requerimientos las autoridades sectoriales siempre se habían negado a hacerlo.

Asimismo, los ecologistas denuncian que su propuesta alternativa, entregada en plazo y forma durante el período de alegaciones, no fue tomada en consideración pese a que habría bastado, tal como se exponía en su proyecto, con una ligera desviación del tubo colector de apenas dos eegs de arco en el punto de máximo alejamiento para que el sistema se hubiera salvado en su totalidad, lo cual niegan los portavoces gubernamentales afirmando que tal desvío no era factible dado que no se hubieran podido respetar los valores máximos de curvatura establecidos por la normativa estatal para astrovías de primer nivel, algo que desmienten los ecologistas afirmando que el motivo real no fue otro que un encarecimiento previsto del 3% sobre el coste total de la obra.

En cualquier caso, y sea cual sea la sentencia definitiva, lo que resulta evidente es que a partir de ahora una de las escasas zonas vírgenes que se preservaban prácticamente intactas en la galaxia va a estar atravesada por una de las vías de comunicación de mayor densidad de tráfico de todo el disco. Esperemos que tan irreparable pérdida se vea al menos compensada por una menor congestión viaria en todo este sector galáctico.

Seguiremos informando.